Col. 522 Top. 201.551

60

SUR

SUR

DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

☆

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Viamonte 548

U. T. 31 Retiro 3220

BUENOS AIRES

☆

COMITE DE COLABORACION

ERNEST ANSERMET

JOSE BIANCO

JORGE LUIS BORGES

ENRIQUE BULLRICH

CARLOS ALBERTO ERRO

WALDO FRANK

ALFREDO GONZALEZ GARAÑO

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE

EDUARDO MALLEA

MARIA ROSA OLIVER

JOSE ORTEGA Y GASSET

ALFONSO REYES

FRANCISCO ROMERO

JULES SUPERVIELLE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto . . . . . $ 1.—

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina, América y España . . . . „ 10.—

(Por semestre $ 5.—)

Otros países { Año . . . . . „ 14.— / Semestre . . . . . „ 7.—

Se reciben suscripciones en la Administración de SUR
Igualmente para todo pedido de librería
dirigirse a:

VIAMONTE 548, BUENOS AIRES

S1CJ.14.4.4 19
H0006491
BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 8 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551
BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO CASARES
TOTAL
Precio $ 12000
Fecha - 8 OCT 1998

ADVERTENCIA A LOS LECTORES

La señora Victoria Ocampo ha cedido a la Editorial Sudamericana, de cuyo Directorio forma parte, el nombre de "Sur". La Editorial Sudamericana lo utilizará para una de sus colecciones (Colección "Sur"). La señora de Ocampo sigue siendo propietaria de la marca constituída por la denominación "Sur" y una flecha. La expresada cesión no implica ningún otro vínculo entre nuestra revista y dicha editorial. La Revista SUR deja establecida la absoluta y recíproca autonomía entre ella y la Editorial Sudamericana.

PUBLICACIONES DE **SUR**

TALA

por

Gabriela Mistral

UNA OBRA DE PLENITUD

Toda la labor lírica, en su mayor parte inédita, de esta gran poetisa, escrita después de "Desolación".

● ($ 4.— m/n.)

EL MITO Y EL HOMBRE

por

ROGER CAILLOIS

Por primera vez se publica en castellano un libro del joven y prestigioso sociólogo francés.

● ($ 2.50 m/n.)

CUANDO 4 *no son* CUATRO

Cuatro no son cuatro cuando su automóvil de cuatro cilindros no desarrolla potencia por falta de compresión. Y, naturalmente tampoco seis son seis ni ocho son ocho. Cambie el aceite de su coche. Use MOTORMOVIL Y P F y verá que el motor desarrolla toda su potencia.

MOTORMOVIL
Y P F
LUBRICA MEJOR

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

SEPTIEMBRE DE 1939 AÑO IX

BUENOS AIRES

SUMARIO

NUESTRA ACTITUD

VICTORIA OCAMPO
CAMINO A SARREBRÜCK

CARLOS ALBERTO ERRO
LA ARGENTINA FRENTE A LA NUEVA GUERRA

ROGER CAILLOIS
LA PAMPA

MARÍA LUISA BOMBAL
EL ÁRBOL

JEAN ROSTAND
HERENCIA Y RACISMO

NOTAS

LOS LIBROS por *Emile Gouiran, Roger Caillois, Enrique Anderson Imbert, Rafael Dieste, Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez* y *J. E. P.* ☆ *V. O.*: José Ortega y Gasset ☆ *Augusto J. Durelli*: Los cristianos y el reposo ☆ *Juan Marinello*: Una imprenta diferente ☆ CRÍTICA DE ARTE ☆ *Julio E. Payró*: Exposición de pintura francesa ☆ CINEMATÓGRAFO ☆ *J. L. B.*: "Prisioneros de la tierra" ☆
CALENDARIO

NUESTRA ACTITUD

Hace dos años, en agosto de 1937, publicamos en esta revista algunas líneas tituladas "Posición de Sur". *Nos parece oportuno volver hoy sobre ellas.*

Decíamos:

"No nos interesa la cosa política sino cuando está vinculada con lo espiritual. Cuando los fundamentos mismos del espíritu aparecen amenazados por una política, entonces levantamos nuestra voz".

Decíamos:

"Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país que es una tradición democrática".

Conocíamos, sí, las deficiencias de los regímenes democráticos — deficiencias inherentes a todo lo humano. Pensábamos que podían corregirse y que eran, de cualquier modo, preferibles al sistema de bárbaros atropellos y al ordenado desorden de los totalitarismos. Lo que ignorábamos era hasta qué punto de farsa, de indignidad, de traición y de vileza organizadas podían llegar las dictaduras de izquierda o de derecha.

Ahora lo sabemos.

Ahora han de saberlo también los que hace dos años leían con ojos desconfiados y hostiles nuestras declaraciones. Si son sinceros, no tendrán más remedio que repetir con nosotros:

"Estamos contra todas las dictaduras, contra todas las opresiones, contra todas las formas de ignominia ejercida sobre la oscura grey humana, que ha sido llamada la santa plebe de Dios. *Todas las persecuciones nos parecen igualmente odiosas, igualmente monstruosas".*

Bernanos, en su último libro, nos habla del pueblo francés como de un viejo pueblo lleno de honor y bonhomía; pueblo que ha pensado siempre que una canallada es una canallada, sea o no favorable al interés nacional; pueblo que no se imagina que la política es una escuela de candor, pero que necesita que el país en que nació se conduzca como un hombre decente.

Esto es lo que nosotros deseamos para nuestro pueblo argentino. Ni más, ni menos. Éste es, venga de donde venga, el ejemplo que nos satisface.

No podemos afirmar que el pueblo francés haya seguido siempre esa línea de conducta (pues no creemos que existan naciones ni individuos infalibles); pero estamos seguros que en estos momentos graves de la historia se guía por ella. Basta y sobra.

En semejantes circunstancias nadie puede permanecer moralmente neutral. Nosotros no somos neutrales. No lo éramos en agosto de 1937. Defendíamos entonces lo que seguimos defendiendo hoy. Defendíamos lo que ya corría peligro y levantábamos nuestra voz contra una política que paraliza la inteligencia y a la vez destruye los principios

de la moral evangélica (esa política, cuando no aniquila la enseñanza de Cristo, traiciona su espíritu reemplazándolo por el de la Inquisición).

Para nosotros también un acto degradante es siempre degradante, aunque favorezca el interés nacional.

Nosotros también necesitamos creer que nuestro país se conduce como una persona decente.

Otra idea de la patria no nos cabe en el corazón ni en la cabeza.

CAMINO A SARREBRÜCK

Enero de 1939. Vuelvo de Frankfurt a Francia, en automóvil, porque no he podido soportar el ambiente de esta ciudad (en hoteles, restaurants, tiendas, casas de departamentos, carteles prohibiendo la entrada a los judíos). Dormiré esta noche en Verdun. Caminos espléndidos. Paso por Worms y Kaiserlautern. A cuarenta kilómetros de Sarrebrück chocamos contra un camión. Ya no estamos en la "autostrade" sino en un caminito angosto, frente a tres o cuatro casas de campesinos. Vienen todos a ver qué nos ha pasado. Ninguno habla otro idioma fuera del suyo. No nos podemos entender. He recibido un golpe muy fuerte en la garganta. Casi no puedo hablar. Como no ven sangre no comprenden qué es lo que me sucede. Atribuyen al miedo mi silencio (son las 8 de la noche). Unos me traen una palangana con agua caliente y otros un jarro con agua fría. Por fin llega una mujer que conoce algunas escasas palabras francesas. Me dice: "Nous gens pas méchants". Le contesto en voz baja, sonriendo: "Oui, oui". Después de mucho esperar en ese camino obscuro, en donde se me dirigen preguntas que no comprendo, el marido de la que sabe palabras francesas me lleva en auto hasta Sarrebrück. Ella me ha vuelto a repetir, al cerrar la puerta del coche: "Nous gens pas méchants".

15 de septiembre de 1939: "La batalla por la posesión de Sarrebrück continuó toda la noche" (*La Nación*).

Pienso en esos 40 kilómetros recorridos en un mal automóvil guiado por un pobre alemán de buena voluntad. Veo a la mujer con su palangana de agua caliente. Oigo la voz que decía: "Nous gens pas méchants".

Cuando conté eso en París los franceses se enternecían.

"Tropas alemanas se están concentrando detrás de Sarrebrück en un esfuerzo para contrarrestar un ataque directo francés" (*La Nación*).

Los franceses se han visto obligados a la guerra sin odio hacia el pueblo alemán. Esa es la verdad.

El pueblo alemán es ese hombre que me llevaba en su automóvil desvencijado, esa mujer con la palangana de agua caliente, esa voz que me repetía: "Nous gens pas méchants".

¿Qué razones o qué debilidades hacen que este pueblo, "uno de los más instruídos, se someta a la autoridad monstruosa de un solitario"? Como dice muy bien Valéry, en nuestra época un país no libre es un país donde los hombres no tienen valor de ser libres (ni siquiera el deseo o la necesidad de serlo), ni siquiera la idea de que podrían serlo.

Tenía razón la mujer del camino a Sarrebrück: el pueblo alemán no es malo.

Pero también tiene razón Valéry cuando explica que lo que opone un país libre a otro que no lo es, más que una diferencia de régimen

político es un contraste irreductible de caracteres. Falta saber si el régimen político no contribuye a formar el carácter.

No concibo la posibilidad de que campesinos franceses o ingleses declararan con insistencia, en análogas circunstancias, que no eran gentes malas.

Ya sabemos que los campesinos alemanes tampoco lo son. Pero existe algo, hoy día, que los obliga obscura y ciegamente a quererlo aclarar en público, como si no tuvieran la conciencia tranquila.

La historia dirá si el culpable es un hombre, un sistema o ambos.

VICTORIA OCAMPO

LA ARGENTINA FRENTE A LA NUEVA GUERRA

Cuando llega la hora de una contienda como la que hoy se desarrolla en Europa, de la que depende en buena parte el destino del mundo y cuyos resultados nos van a afectar profundamente a todos, nadie puede quedar en silencio. El silencio crearía en este caso la confusión. El silencio significaría indiferencia y la indiferencia ante los intereses de la persona humana y la suerte de la comunidad de naciones, vale tanto como la estupidez y la inconsciencia. Acaba de decirlo con acierto el presidente Roosevelt: las naciones pueden permanecer neutrales; los individuos no. Cada uno tiene derecho a adherirse a cualquiera de los bandos en lucha, dentro de la más perfecta neutralidad del país. Cada uno debe decir, ahora, su palabra. Y si puede escribirla, mejor todavía.

Adolfo Hitler y el partido nazi han realizado hazañas de muy diversa estatura y de vario linaje. Cuentan en su haber, sin duda alguna, con hechos y proezas extraordinarios. Pero Adolfo Hitler y el partido nazi han cometido los mayores atentados contra la dignidad de la persona humana y contra la doctrina y la fe de Jesucristo que se hayan realizado en lo que va del siglo. Estamos con los que luchan contra ellos.

Y, por eso mismo, éste es el momento de confesar nuestro amor al pueblo alemán y a la gran tradición de la cultura alemana, a pesar de que lo que hemos aprendido en su filosofía y lo que debemos a su pensamiento metafísico, permitirían adivinar fácilmente nuestros sentimientos.

Tampoco quiere ello decir — ¿será necesario expresarlo? — que aceptemos como un régimen ideal el que impera en los países aliados. Las democracias han vivido, en grande parte, desde hace muchos años, fuera de nuestro tiempo; se han aletargado en la comodidad de un sensualismo comercial que no soporta el clima de la época. Si las democracias no hubieran padecido de este anacronismo, la carrera de las dictaduras habría sido muy distinta. Con todo, en las democracias persiste aún la posibilidad de salvar los fueros de la persona humana y la doctrina de Cristo, indisolublemente ligados —unos y otra— a los valores del espíritu. El hitlerismo los proscribe, les crea un clima de muerte, mientras eleva al primer plano los valores de la vitalidad meramente biológica y afirma un nuevo paganismo. Su alianza vergonzante con el comunismo materialista de Stalin es, en el fondo, coherente.

Siendo eso lo que está en juego, lo demás se vuelve secundario. No entendemos a quienes hoy argumentan, cuando se arriesgan semejantes valores, que los argentinos debemos desear la derrota de Inglaterra porque de este modo nos hallaríamos en mejores condiciones para conquistar nuestra libertad económica. Es posible; pero es mucho más probable que a la caída vertical del Imperio Británico siguiera la subida vertical de un nuevo imperio que proclamaría sin ambages la razón de la fuerza. En el equilibrio — o desequilibrio — de la actual comunidad de naciones, disfrutamos de una esperanza cierta y es la de que podemos llegar a conquistar nuestra completa autonomía económica si ponemos el carácter, la tenacidad y la inteligencia que se necesitan para llevar a buen puerto esta empresa. La situación que crearía un nuevo imperio fundado en el repudio total de los pactos entre las naciones y del derecho de gentes, no nos daría ninguna seguridad y, por el contrario, engendraría una amenaza indudable no sólo sobre la libertad económica, sino también sobre la libertad política de las demás naciones.

Tampoco entendemos a quienes sostienen que los americanos debe-

mos volver la espalda a la guerra, porque de lo contrario trasladaríamos al Nuevo Mundo querellas que nos son extrañas. Esa política de aislamiento pudo tener asidero al promediar la centuria pasada, cuando John Cotton, Thomas Hooker y Eliot plasmaron el sueño legítimo de un orden mayor de este lado del Atlántico. Entonces América estaba muy lejos de Europa; hoy la distancia ha menguado hasta casi desaparecer. Nunca ha sido tan próxima la suerte de las ideas y de los países, y, por eso, el aislamiento posible o deseable en otras épocas resulta ahora una quimera.

Entretanto la guerra nos pone, otra vez, como en 1914, en una situación excepcional desde el punto de vista económico. La experiencia pasada marca el camino. Es preciso rectificar el que seguimos entonces. Todos los intereses del país deben conjugarse para llevar a cabo una gran política de conquista de la autonomía económica y financiera de la nación. Las ganancias de guerra tienen que afectarse a esa finalidad, destinándose a servir un programa auténticamente nacional organizado en torno a estos cuatro puntos principales:

1º — Repatriación de la deuda externa;

2º — Gobierno y control, por lo menos, de las inversiones extranjeras en empresas de servicio público;

3º — Afianzamiento de la industria manufacturera nacional, abriéndoles mercados sudamericanos que podrían suministrar muchas materias primas, con lo que vendría a constituirse así, mediante el trueque de artículos industrializados y materias primas, una órbita autónoma de comercio en nuestro continente;

4º — Creación de la marina mercante nacional y de líneas de aeronavegación nacionales e internacionales [1].

CARLOS ALBERTO ERRO

[1] En el estudio inédito de Raúl E. Arrarás Vergara, *Probables efectos económicos de la guerra*, se hallan desarrollados los puntos a que aludimos en el texto. Debo a una gentileza del autor la referencia que hago de ellos en este artículo.

L A P A M P A

Todos los triunfos de la identidad en la naturaleza, la continua repetición de un mismo vacío, dan al hombre el afán de un destino severo y le comunican esa embriaguez lúcida que nutre las grandes soberbias y hace concebir las grandes ambiciones. Ninguna intemperie logra devastar esas desnudeces que la muerte misma parecería confirmar más bien que destruir y corromper.

Nada enseña mejor a honrar lo esencial que esta tierra; sólo quiere ser el límite de un mundo, nada más que superficie bajo las nubes, necesaria corteza de un planeta. Este suelo nada ofrece a la vista fuera de sí mismo, indivisible, homogéneo y, como el ser de Parménides, sin licencia de existir diferente o desigual en parte alguna. Tierra sin rostro ni aderezos, tendría que ser además desierta e infecunda; que no nutriera al hombre ya que nada tiene para gustarle, que fuera inútil como es monótona, avara de frutos como pobre en seducción.

Doy crédito al alma capaz de tomar su ley de un suelo tan puro. Sólo ha guardado lo indispensable y nada conoce de las indiscreciones y excrecencias de que se componen los paisajes. Ninguna deformidad, ni bocio, ni verruga y tampoco (lo que es más valioso aún) las líneas armónicas que descansan las miradas o las conducen, las sombras y el

encanto de los bosques, el curso delicioso de un bello río, todas las trampas de la dulzura. Si la dura equidad recibe agravio es por una arista franca, por un cacho de muro brutal y rocoso. Todo lo que no tiene nivel con la implacable llanura es estéril, la menor alteración le cuesta al suelo su fertilidad. Pero esa rebelión, que la lejanía anula, vuelve en seguida a la fila, a la disciplina; no está ahí más que para hacer sentir su rigor y salvar al orden de la muerte. Pues el orden debe seguir siendo conquista. Si teme la subversión, ¡cuánto más la indiferencia y el tedio! Quiere ser soportado penosamente. Una presión ávida pesa sobre toda pared de contención. La máscara de bronce de los héroes disimula y oprime el incendio interior que exaspera su destino.

No es inclinación de un corazón débil preferir la suprema ausencia de esta tierra. Quien no sienta en sí ni plenitud ni exceso de ser, ¿cómo habría de concordar con este suelo ascético? El viento, para soplar, no encuentra nada que lo detenga (cómo es de brusco y qué manera dolorosa de pellizcar la piel fina de las sienes); ni la mirada —si quiere disparar y perderse— nada que la retenga o interese. Ahí hace falta un hombre de corazón duro, indomable y sin espera; nada que recibir y tanto que dar, tanto a imponer, si es necesario, y a hacer compartir a la fuerza. Ningún paisaje en ese espacio perfecto. Sólo un vasto campo abierto al despliegue de un vigor. La uniformidad orgullosa elimina todas las fatuidades de la naturaleza. Hecha para ser cabalgada, la extensión acoge el movimiento como la mujer recibe al hombre en su fondo mismo y éste, en el momento de la unión, no se sofoca más que después de una carrera sobre esa tierra y no experimenta

una alegría más fuerte, una sacudida más violenta, un apaciguamiento más seguro que al caer de rodillas, embriagado e inmortal, sobre ese vasto suelo como sobre un pecho, rendido y descansado ya, sollozando a la manera de quien no quiere dejarlo ver, con sobresaltos reprimidos en el pecho y sin una lágrima. Quién hablará de imperio si no ha conocido esa prodigalidad fastuosa, el soplo cortado por el esfuerzo, el encarnizamiento ostentador del ser que quiere ir por gusto hasta agotar sus fuerzas (en eso encuentra su contento), las ráfagas que se reciben en el campo, los choques que hay que esperar de frente, bien afirmado y con ojos abiertos, la distancia que no se cansa de proveer y la carrera que pretende consumirla, ir más lejos, hacia ninguna meta, correr todavía.

Éste ama las palmas, la vegetación y la húmeda imaginería de los trópicos (frutas ofrecidas a la gula, y muchas flores maravillosas, hojas aun más bellas, para el delicado goce de los ojos). No veo de dónde le nace un extraño apetito de gloria íntima y el gusto de la desnudez del ser, cuando tiene tantos otros gustos que saciar primero. Aquél soporta mal no ser el único. Esta ambición se fortifica con el desierto que lo rodea y como en la soledad sopla el viento del espíritu, así el alma se reconforta, se templa y se consagra en el goce frío y desligado del orgullo.

En parte alguna se ve suelo tan despojado ni tan bajo: una plataforma tan rasa, tan regular, tan huidiza como el horizonte de un mar en calma. Se desiste y se hunde a medida que se prolonga. A lo lejos sube hasta alturas sorprendentes un circo de nubes que se pierden en lo alto del cielo como en otras partes las cosas de la tierra se pierden en las nubes. Sin embargo en el centro está siempre como la cima de

una imperceptible y dulce colina — insensible curvatura del globo. Que el hombre aprenda aquí a mantenerse firme, todos los renunciamientos que la dignidad cuesta y que sin embargo él adquiere de balde al lado de lo que es, ya que no tiene nada más que ganar antes de morir. Yo doy gracias a esta tierra que exagera tanto la parte del cielo.

Mar del Plata, camino de Balcarce.

ROGER CAILLOIS

E L A R B O L

El pianista se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

"Mozart, tal vez" — piensa Brígida. Como de costumbre se ha olvidado de pedir el programa. "Mozart, tal vez, o Scarlatti.." ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fué ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. "No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol" ¡La indignación de su padre! "¡A cualquiera le doy esta carga de un hombre solo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura".

Brígida era la menor de seis niñas todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, llegaba tan perplejo y agotado por las cinco primeras que prefería simplificarse el día declarándola retardada. "No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue". Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fué Mozart, desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora.

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex-marido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba sentada al borde de la fuente? En nada. "Es tan tonta como linda" decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta, ni "planchar" en los bailes. Una por una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, frente y el pelo ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada. "Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros".

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí; ahora que han pasado tantos años comprende

que no se había casado con Luis por amor; sin embargo no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

Pero hé aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y arrastrándola en un ritmo segundo por segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huída. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón — solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado —. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado — protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde —. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado — contestaba él y la besaba. Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame...

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros. "Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis".

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero — era curioso — apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que desde un costado de la ciudad se despeñaba directamente al río.

—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Holá, sí, estoy en el Club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.

¡Si tuviera amigas! — suspiraba ella. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis — ¿por qué no había de confesárselo a sí misma? — se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se habría casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre. Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa, y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebato del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... — había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora del almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma aquella que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía estás enojada, Brígida?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

...

—¿Quieres que salgamos esta noche?

...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

...

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

...

—¿Es nuevo, Brígida? Contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

Y en seguida lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis que se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, tiritando de indignación por tanta injusticia. "Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa..." Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fué entonces cuando alguien golpeó con los nudillos en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde fuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche, ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. *Estudios* de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: "No, no; te quiero Luis, te quiero", si él le hubiese dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se habían precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegaba a odiarla la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquila y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Y del fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: "Siempre". "Nunca"... Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!

Al recobrarse cayó en la cuenta que su marido se había escurrido del cuarto. ¡Siempre! ¡Nunca!...

Y la lluvia, secreta e igual, aun continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el "clavel del aire" y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el tiritar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río— y era como hundir la mirada en una agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido

bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una melancolía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesrada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana. "Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos..."

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira? ¿La sala

bruscamente iluminada, la gente que se dispersa? No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca, aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz; Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones. Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de camisa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor...

—Pero Brígida ¿por qué te vas? ¿por qué te quedabas? —había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero.

MARÍA LUISA BOMBAL

HERENCIA Y RACISMO

Todos los diccionarios, todas las enciclopedias, incluso las más modernas, definen la herencia como la trasmisión de ciertos caracteres del ascendiente al descendiente. Tal es, en efecto, la idea que nos hacemos de ese gran fenómeno natural.

Cuando un niño tiene los ojos de su padre o los de su madre, la avaricia o la tozudez de un abuelo, acostumbramos a exclamar:

—He aquí un efecto de la herencia.

Sin duda. Pero la herencia es algo mucho más general, mucho más vasto. Si de dos padres morenos nace un chico rubio o de dos padres inteligentes un niño idiota, el biólogo seguirá diciendo, sin vacilar, que allí se comprueba un efecto de la herencia, porque sabe que aquel niño ha recibido de sus padres la condición de ser rubio o su debilidad mental. La herencia, por lo tanto, rebasa ampliamente el cuadro de las semejanzas: comprende todo aquello que los padres trasmiten al producto, toda la herencia vital que le legan, y que puede manifestarse por medio de caracteres muy distintos a los caracteres de los padres. Por paradójico que pueda parecer, en el caso de un niño que no se parece a sus padres para nada la herencia actúa de la misma manera, con el mismo poder, con el mismo rigor, que en el caso de un niño en el cual el padre o la madre se repiten exactamente.

Si la herencia no es el parecido, sino lo trasmitido por los padres, ¿en dónde reside esa herencia sustancial?

Seguramente en el huevo, punto de partida del individuo.

Todo ser humano, como se sabe, inicia su existencia personal bajo la forma de una simple célula, ínfimo glóbulo de gelatina trasparente.

De esa primera célula, de ese huevo, derivarán, por divisiones y diferenciaciones sucesivas, todas las células de toda especie que constituirán el organismo: las sanguíneas, las epiteliales, las glandulares, las musculares, las óseas, las nerviosas, etcétera.

En un cuerpo humano hay miles y miles de millones de células y todas son hijas del huevo, de ese huevo invisible que apenas mide dos décimas de milímetro. El propio huevo resulta de la fusión, de la conjunción de dos células germinales, respectivamente desprendidas del cuerpo de los padres.

Una de esas células —la célula materna u *óvulo*— es esférica y relativamente gruesa: proviene de la glándula ovárica que cada mes expulsa un óvulo. La otra —la célula paterna o *espermatozoide*— proviene de la glándula testicular donde los espermatozoides se forman y renuevan por millones incesantemente.

Ese óvulo y ese espermatozoide son los portadores, los detentores de la herencia vital. Todo lo que, biológicamente, nos viene de nuestros padres, reside allí, en esos dos gérmenes: apenas se juntan y funden para formar el huevo, la misión trasmisora de los padres —su misión hereditaria— ha terminado estrictamente.

Por lo que al padre respecta, nadie duda de que su función se limita a proporcionar una célula; pero en cuanto a la madre mucha gente se figura que, durante el embarazo, puede trasmitir algo de sí misma al ser que lleva en su vientre. En realidad, a partir del instante en que la madre ha desprendido su germen, ya no puede influir sobre el niño. En adelante, éste no recibirá de ella más que alimento y calor.

Preguntémonos ahora dónde está la sede de la herencia en las células generatrices.

Hace veinticinco años, sólo hubiéramos podido contestar dudosamente a una pregunta semejante. Hoy podemos contestar en forma categórica. Gracias a una multitud de admirables investigaciones —las principales se hicieron en los laboratorios americanos, particularmente en el laboratorio de Thomas Hunt Morgan— sabemos que la herencia vital reside esencialmente en ciertas partículas del núcleo de la célula, llamadas *cromosomas* porque absorben electivamente ciertas materias colorantes.

Esos pequeños glóbulos que son las células generatrices constituyen un vaso demasiado espacioso todavía para la herencia en cuestión: ésta no ocupa más que un lugar muy modesto.

En efecto: los cromosomas son bastoncillos minúsculos apenas tan grandes como los microbios. Cada especie viviente contiene un número fijo de ellos. En la especie humana el óvulo lleva veinticuatro, y veinticuatro, igualmente, el espermatozoide.

Cada uno de esos veinticuatro cromosomas difiere del otro; y a cada cromosoma del óvulo corresponde, en el espermatozoide, un cromosoma equivalente, homólogo, simétrico.

Así se ve en seguida que la herencia es cuantitativamente la misma por ambos lados. El niño recibe veinticuatro cromosomas de cada padre. Padre y madre colaboran con una equidad perfecta en la obra de la generación. Y hasta cuando un niño es la fiel imagen de uno de ellos, ha recibido y aloja igualmente en sus células veinticuatro cromosomas del otro.

Cada cromosoma, como una especie de rosario, está constituído por una serie de corpúsculos que son los últimos elementos del patrimonio hereditario: los *genes*.

Lo mismo que la física nos ha revelado los corpúsculos de electricidad o electrones, los corpúsculos de luz o fotones, la biología nos revela igualmente los corpúsculos de herencia o heredones.

Cada corpúsculo —cada *gene*— tiene su función particular en la formación del individuo. Pero algunos cumplen su misión de otra manera, según su composición química o su estado. Un gene, por ejemplo, condiciona según su estado el color negro o azul de los ojos; otro, la forma aquilina o roma de la nariz...

Todo el problema de la herencia se concentra en el problema del comportamiento de los cromosomas, depositarios de los genes. Ese comportamiento es el que vamos a examinar del modo más elemental posible.

Hemos dicho que cada célula generatriz contiene veinticuatro cromosomas. El huevo fecundado —punto de partida del individuo— contiene, pues, dos veces lo mismo: o sea cuarenta y ocho cromosomas, de los cuales veinticuatro son de procedencia paterna y veinticuatro de procedencia materna. Igual cosa ocurrirá con todas las células del cuerpo humano cuando reciban cuarenta y

ocho cromosomas (los veinticuatro pares cromosómicos) contenidos en el huevo.

Aquí se presenta una dificultad: si todas las células del cuerpo llevan cuarenta y ocho cromosomas, ¿cómo es que las células generatrices no llevan más que veinticuatro?

Es que en el momento de su formación interviene un fenómeno extremadamente importante: el de la Reducción cromosómica. Por cada par de cromosomas contenidos en las células del cuerpo, hay UN SOLO cromosoma que pasa a la célula generatriz. UNO SOLO: o el paterno o el materno. Todo el secreto de la herencia está en esa alternativa.

O el paterno o el materno. Y es el azar quien decide; dicho de otra manera: he aquí un determinismo cuya complejidad desafía al análisis. En cada par cromosómico del padre o de la madre, el cromosoma elegido es tirado a la suerte: cara o cruz. Y como hay veinticuatro pares de cromosomas, y como los azares electivos son independientes unos de otros, el contenido cromosómico de la célula generatriz —y, por consiguiente, la herencia de los padres— es determinada por veinticuatro lances de azar, por veinticuatro apuestas a cara o cruz...

Bien entendido, el azar puede obrar en tal forma que la célula reciba todos los veinticuatro cromosomas paternos, o todos los veinticuatro cromosomas maternos; pero una distribución así es eminentemente improbable, tan improbable como una serie de veinticuatro caras o de veinticuatro cruces. Y, por consiguiente, la mayoría de las células generatrices reciben una combinación de cromosomas paternos y de cromosomas maternos.

Un cálculo elemental demostraría que el número de combinaciones cromosómicas posibles en un individuo es extremadamente elevado: asciende a *varios millones*. Y, desde el momento en que hay dos padres, se comprende que el número de hijos distintos que puede producir una misma pareja es prácticamente infinito. Cada hombre tuvo trillones de posibles hermanos. Cada uno de nosotros representó un fenómeno altamente improbable. Antes de que se produjera, podía apostarse doble contra sencillo sobre su existencia...

¡Dos veces veinticuatro golpes de suerte en el origen de un ser humano! El acto de la generación pone frente a frente, de un lado, un solo óvulo; del otro, miles de millones de espermatozoides. De modo que la combinación cro-

mosómica materna está ya elegida por el azar; en cuanto a la combinación cromosómica paterna, no será fijada hasta el preciso instante en que el azar decida cuál es, de todos los espermatozoides concurrentes, el que ha de penetrar en el óvulo.

Apenas puede imaginarse la tenuidad de las causas que influirán sobre el resultado final. En el *Viaje Sentimental*, Tristam Shandy — el famoso héroe de Sterne — se queja de que su madre, en el momento en que iba a concebirle, haya turbado el juego de los espíritus animales preguntando inopinadamente a su padre:

—¿No te habrás olvidado de dar cuerda al reloj?

A decir verdad, basta con mucho menos todavía para obrar sobre la génesis del hijo. Un movimiento, un gesto, un suspiro, y será otro el espermatozoide que penetre en el óvulo; y, por lo tanto, será otro hombre el que, nueve meses más tarde, verá la luz...

Las leyes de la distribución de los cromosomas nos permiten explicar naturalmente las leyes de la herencia, llamadas también leyes de Mendel. No voy a dar más que un ejemplo muy simple: el del color de los ojos.

Este color va unido al estado de cierto gene que se encuentra en cierto cromosoma.

Sea, por una parte, un hombre de ojos negros que ha recibido de sus padres el gene de los ojos negros y que posee dos cromosomas que contienen el gene de los ojos negros. Todos sus espermatozoides recibirán un cromosoma portador del gene de los ojos negros. Digamos un cromosoma "ojos negros".

Sea, por otra parte, una mujer de ojos azules que haya recibido de sus padres el gene de los ojos azules, y que posea dos cromosomas "ojos azules". Todos sus óvulos recibirán un cromosoma "ojos azules".

Si ese hombre y esa mujer se unen, todos los hijos que resulten de su unión recibirán un cromosoma "ojos negros" y un cromosoma "ojos azules". Todos tendrán los ojos negros, porque el gene de los ojos negros *domina* al gene de los ojos azules.

Pero cuando uno de esos hijos forme células generatrices, éstas serán de dos clases: las unas recibirán un cromosoma "ojos negros" y las otras un cromosoma "ojos azules". Si se unen dos individuos de este tipo, entre ellos habrá

cuatro combinaciones posibles en cuanto al color de los ojos: tres darán ojos negros y una dará ojos azules.

Ya se ve, como decía al principio, que dos padres pueden trasmitir la condición de un carácter que ellos no poseen.

Imposible prever, en ese género de uniones, cuál será el color de los ojos de determinado hijo. Se podría afirmar que si naciese un gran número de hijos, las tres cuartas partes tendrían los ojos negros y una cuarta parte los ojos azules; pero nos es imposible saber de antemano si tal hijo tendrá los ojos negros o azules. En una palabra, las leyes de la herencia no autorizan generalmente más que previsiones de orden estadístico fundadas en la ley de las grandes cantidades. Y no estamos seguros de que esta ley pueda aplicarse a las pequeñas familias humanas, ni siquiera a las que han obtenido el premio Cognacq...

Sin embargo hay casos en que se puede anunciar por adelantado, con toda seguridad, el color de los ojos de un niño: por ejemplo, cuando los dos padres tienen los ojos azules.

En efecto, como el gene de los ojos azules es dominado por el gene de los ojos negros, estamos seguros de que un individuo de ojos azules no puede llevar en sí el gene de los ojos negros. De manera que los hijos de dos padres de ojos azules tienen que tener todos, forzosamente, los ojos azules. Esta afirmación categórica no se hace más que con dos pequeñas reservas. Para que la regla se aplique con todo su rigor, es preciso que el azul de los ojos sea puramente azul, sin ninguna alianza con el gris o con el verde. Y es necesario también que el padre legal sea el padre biológico. Pues ya comprenderán ustedes que, en los "pédigrées" humanos, estamos un poco menos seguros de la paternidad que en los "pédigrées" de las moscas, y se ha dado el caso de tomar por irregularidad de una ley lo que no era más que la infidelidad de una mujer...

El conocimiento de las leyes de la herencia puede tener aplicaciones sociales muy interesantes. Por ejemplo en el descubrimiento de la paternidad.

Un día nació en una ciudad de Noruega —esto no es un cuento— un niño ilegítimo atacado de *braquidactilia*, es decir que tenía los dedos demasiado cortos. La madre tenía los dedos de longitud normal y como el carácter braquidactilar es un carácter dominante, el padre tenía que ser braquidáctilo. El presunto

padre era precisamente el único individuo braquidáctilo que había en los alrededores. El tribunal le obligó a reconocer al niño que, por desgracia, había marcado con su anomalía...

Lo mismo pasaría si una mujer de ojos azules echara al mundo un hijo de ojos negros; se inferiría de ello que el padre tenía que tener los ojos negros; pero en este caso el carácter es verdaderamente demasiado trivial para que pueda ayudar a identificar al responsable.

En otras circunstancias, por el contrario, las leyes de la herencia permiten apartar una sospecha injusta de paternidad. Se puede muchas veces, en efecto, establecer biológicamente que tal hijo nacido de tal madre *no puede* ser hijo de tal padre.

Conocemos la existencia, en lo que respecta a la constitución sanguínea, de cuatro grupos bien terminantes: O, A, B y AB.

No puedo ahora entrar en el detalle de la herencia de estos grupos, pero si la madre, por ejemplo, pertenece al grupo O, y si el niño pertenece al grupo A, el padre pertenece necesariamente a los grupos A o AB: no puede pertenecer ni al grupo O ni al grupo B.

La ciencia de la herencia ofrece al médico un interés de primer orden, pues hoy ya no podemos dudar de que buen número de enfermedades y taras tienen por causa la deficiencia de un gene.

Hay una enfermedad llamada enfermedad de Lobstein, caracterizada por una fragilidad tal de los huesos que éstos se rompen al menor choque: se cita el caso de un joven de Oslo que se rompió el fémur sólo de volverse un poco demasiado bruscamente para admirar los tobillos de una graciosa transeunte; poco tiempo después se rompió la pelvis el sentar a su novia en las rodillas. Esta incómoda fragilidad proviene de un gene defectuoso, el cual determina una coloración azulada del blanco de los ojos y perturbaciones auditivas.

A los pocos meses, un niño empieza a perder la vista y la inteligencia: es la idiotez amaurótica familiar, que también depende de un gene defectuoso. La piel de otro niño presenta induraciones sobre las cuales la luz solar provoca la formación de cánceres: es el *xeroderma pigmentosum*, debido también a la actividad de un mal gene.

Por llevar genes anormales es también por lo que algunos hombres sangran

con demasiada facilidad, y algunas mujeres se van quedando ciegas lentamente a consecuencia de una retinitis pigmentaria...

De momento nos hallamos casi desarmados contra estos perniciosos efectos de la herencia, pero puede ser que logremos atenuarlos, y hasta corregirlos, empleando ciertas substancias. A este respecto, Boris Ephrussi ha hecho recientemente unos experimentos muy sugestivos sobre la mosca del vinagre, los cuales demuestran la posibilidad de reemplazar la acción específica de ciertos genes con extractos de tejidos.

¿Cuál es en la formación del ser humano, de un modo general, la importancia del determinismo hereditario? ¿Qué papel tienen, respectivamente, el contenido del huevo (en otras palabras la herencia) y las circunstancias del medio? ¿La naturaleza y el alimento, que dicen los ingleses?

Pues bien: podemos afirmar que una multitud de caracteres de orden físico son absolutamente independientes del medio, porque están determinados irrevocablemente desde el huevo por los cromosomas que éste contiene.

En ese minúsculo glóbulo hialino está ya formalmente decidido si el ser futuro ha de ser hombre o mujer; si ha de tener los ojos negros o azules; el pelo rojo, negro, rubio o castaño; la boca delgada o de labios gruesos, la piel fina o espesa, el cráneo corto o alargado, el grupo sanguíneo O, A, B o AB; los dientes sólidos o frágiles; el segundo pulgar del pie más largo o más corto que el primero; el lóbulo de la oreja atrofiado o voluminoso; la barba puntiaguda o metida para adentro; la nariz chata o aquilina; la segunda falange lampiña o velluda, etcétera. Está formalmente decidido si ha de tener buena vista o si ha de ser miope, si ha de conservar el pelo o si éste habrá de caérsele, si resistirá bien o mal la infección tuberculosa, si estará o no sujeto a las varices.. ¡Y cuántas otras cosas más!

En cuanto a los caracteres psicológicos, intelectuales o morales, su realización depende sobre todo de las condiciones de vida y de educación. De modo que debemos abstenernos de hacer afirmaciones demasiado terminantes y atribuir únicamente a la herencia la fijación de ciertos límites entre los cuales podrá evolucionar el individuo según le sean favorables o no las circunstancias.

Por lo que respecta a la inteligencia, desde el huevo se decreta ya si el futuro individuo puede o no sobresalir por su ingenio, si puede o no ser un

idiota —pero se da por descontado que las más altas potencialidades intelectuales no podrán realizarse si el medio les es excesivamente adverso. ¿Quién podría descubrir si el hijo de un minero ha recibido en sus cromosomas dones magníficos para la poesía o para la música? Y hasta sin hablar de estos casos extremos, muchas aptitudes dejan de manifestarse tan sólo porque no han encontrado la circunstancia propicia.

Lo mismo ocurre con el carácter, con el temperamento. El individuo será, hereditariamente, más o menos sensible y emotivo, más o menos dueño de sí mismo, más o menos capaz de transformar sus inclinaciones egoístas en inclinaciones sociales, más o menos capaz de "sublimar", empleando el lenguaje del psicoanálisis; pero el carácter podrá ser profundamente influenciado por los choques afectivos recibidos en la niñez, como ha demostrado la escuela de Freud.

Sea como sea, la biología nos hace palpar la realidad turbadora de la desigualdad natural. Sería inútil intentar atenuar la importancia de un hecho semejante al cual es preciso que se avenga, de buena o mala gana, toda sociedad humana.

Todos somos más o menos favorecidos por la suerte en la lotería implacable de la herencia. Mucho antes de nacer, los ciegos caprichos de las reacciones celulares nos han escrito ya el papel cromosómico que habremos de representar durante nuestra existencia.

¡Iniquidad esencial de los destinos humanos! "La criatura no ha elegido su origen", según la gran frase de Shakespeare. Es espantoso que la naturaleza fabrique, indiferentemente, genios e imbéciles, débiles y fuertes, mujeres exquisitas y mujeres desagradables; que no le conceda a éste más que el derecho a ser tonto y a la otra sólo le permita la libertad de ser fea... Es horrible que a unos les otorgue lo que puede merecer todas las recompensas, mientras inflige a otros lo que puede justificar todos los castigos.

El privilegio biológico es un "gran horror", como decía Babeuf de los privilegios sociales. Hay en esto una injusticia fundamental junto a la cual palidecen todas las injusticias humanas. Y esto no es, ciertamente, para que descarguemos nuestras culpas sobre las culpas de la naturaleza, sino simplemente para recordarnos que en esto la naturaleza nos da, como en tantas otras cosas, un ejemplo que no debemos seguir.

Este patrimonio hereditario que cada uno de nosotros recibe en sus cromosomas, y que condiciona esencialmente el destino físico, intelectual y moral de todos, es particular en cada individuo.

Dada la multiplicidad prodigiosa de las combinaciones de cromosomas, puede afirmarse que cada ser humano es verdaderamente único por la colección de genes que ha recibido en sus células. Cosa que hubiera regocijado al acérrimo teórico del individualismo, al gran filósofo de *Lo único y su propiedad*: Max Stirner.

No hay dos individuos que sean iguales desde el punto de vista genético. A menos que — excepción que confirmaría la regla — se encontrasen dos gemelos, dos verdaderos gemelos.

Sabemos que hay dos clases de mellizos: los verdaderos y los falsos.

Los falsos han nacido de dos huevos distintos. No son más que dos individuos que se han formado juntos en la misma matriz, como los cachorritos de los animales. Pueden ser muy poco parecidos, como cualesquiera otros hermanos o hermanas. Pero los verdaderos mellizos han nacido del mismo huevo, de manera que llevan los mismos genes; siempre son del mismo sexo y se parecen asombrosamente en todos los aspectos, incluso en el detalle de las huellas palmarias y digitales.

Es una suerte para el biólogo conocer seres humanos que lleven los mismos genes, pues esto es para él un magnífico experimento natural que le ayuda a separar lo que, en el hombre, procede de la herencia y lo que es causa de las circunstancias externas. Por ello el estudio de los gemelos resulta un capítulo esencial de la genética humana.

Cuando el médico comprueba que a veces dos mellizos verdaderos desarrollan un cáncer del mismo tipo, en el mismo lugar y a la vez, no puede ver en ello más que un argumento serio en favor de la heredabilidad del cáncer. Y cuando sabemos que si un mellizo es ladrón o criminal, es muy raro que su co-mellizo sea un ciudadano ejemplar, ¿cómo no reflexionar, con cierta emoción, sobre las condiciones biológicas de la responsabilidad humana?

Y ahora que he señalado toda la gravedad del determinismo hereditario, quisiera de nuevo llamar la atención de ustedes sobre lo extraordinariamente

exiguo del legado cromosómico. ¡Impalpable levadura cuyo peso resulta, a veces, tan abrumador!

Considérese que todo lo recibido de los padres y que constituía su herencia sustancial — cuya importancia es bien distinta de la otra — consiste en esos cuarenta y ocho cromosomas que les han legado a cada hijo, en esas cuarenta y ocho partículas de las que harían falta millones para alcanzar el grosor de un grano de arena...

El biólogo Müller ha concretado muy bien esa pequeñez del patrimonio hereditario, haciendo observar que si se pudiera reunir todos los cromosomas destinados a determinar la próxima generación de humanos — o sea dos millones de individuos — ¡formarían apenas la masa de un comprimido de aspirina! ¡De modo que en el espacio de un comprimido de aspirina hay con qué hacer toda la diferenciación racial e individual de nuestra especie, todos los blancos y todos los negros, todos los amarillos y todos los rojos!

Voy a señalar rápidamente la prodigiosa arquitectura de esa sustancia cromosómica.

En cada célula humana, los cuarenta y ocho cromosomas están constituídos por millares de genes, moléculas proteicas de alta complejidad, cada una de las cuales encierra millones de átomos. A falta de otra cosa de qué envanecerse, el hombre puede jactarse de ser lo más complicado que se conoce en cuanto a edificio material.

Todos esos genes no están distribuídos al azar dentro de la célula. Están dispuestos en el cromosoma según un orden definido y fijo. En el hombre no sabemos casi nada de esa ordenación de los genes; pero en los pequeños insectos, como la mosca del vinagre, se ha podido, gracias a procedimientos muy delicados, localizar centenares de genes en los cromosomas; se han levantado "mapas cromosómicos" y se sabe, por ejemplo, que a tal nivel de tal cromosoma se encuentra el gene que hace los ojos blancos o los ojos rojos, el gene que hace las alas atrofiadas o las alas abolladas.

Debo añadir que los genéticos han tenido recientemente la suerte de descubrir, en las glándulas salivales de la larva de la mosca del vinagre, cromosomas gigantes, cien veces más voluminosos que los cromosomas ordinarios. Cada uno de esos cromosomas presenta un estriación regular constante, a tal punto que se

puede señalar individualmente una estría determinada y asegurarse de que en el sitio en que falta dicha estría es precisamente donde se produce la anomalía hereditaria que responde a la ausencia de un determinado gene...

No necesito insistir sobre la emocionante grandeza científica de tales resultados.

Debo contestar ahora una pregunta que algunos se habrán formulado.

Esos genes que nos condicionan, que nos dirigen, que hacen de nosotros en gran parte lo que somos, ¿no pueden modificarse, alterarse, para bien o para mal?

Veamos a un hombre que en la lotería del nacimiento no ha sacado más que genes mediocres en cuanto a vigor físico. ¿No puede enmendarlos por medio de un régimen, por medio del deporte, por medio de la higiene, de suerte que pueda legar a su descendencia un patrimonio hereditario un poco mejor?

Cuando unos periodistas entusiastas proclaman que el deporte tiene que mejorar la raza, ¿no es porque creen implícitamente en una determinada acción del ejercicio, del entrenamiento, sobre los cromosomas humanos?

A ese respecto, las lecciones de la biología son formalmente negativas. No se puede influir sobre los genes y hemos de resignarnos a los que la suerte nos legó.

Un individuo genéticamente débil podrá, ciertamente, con un entrenamiento metódico y racional, sacar el mejor partido de su sistema muscular; puede que llegue a ser campeón de tennis; un individuo genéticamente tonto podrá, con una sabia cultura, sacar el mejor partido de su cerebro: quizá llegue a ser ministro o académico... Pero tanto el uno como el otro conservarán sus pobres genes nativos y esos serán los que dejen en patrimonio a su descendencia, si es que llegan a tenerla.

Innumerables experimentos hechos sobre diversos animales han demostrado la intransmisibilidad de los efectos de la educación, del ejercicio y del medio: en una palabra, la *intransmisibilidad de lo adquirido.*

Pero — se dirá — si los genes no reciben ninguna influencia del medio, ¿es que son intangibles, eternos?

No del todo.

Por muy estables que sean, de vez en cuando, de tarde en tarde, sin razón aparente, se producen sin cesar mutaciones esporádicas que pueden tener efectos ventajosos, perniciosos o indiferentes; pero son más a menudo desfavorables, de la misma manera que el accidente tipográfico, la errata, tiene más probabilidades de viciar el texto en que se desliza que de mejorarlo.

El que sobrevengan esos accidentes cromosómicos plantea, por otra parte, un problema bastante temible.

En las condiciones de la vida salvaje, la selección natural cumplía su implacable labor de depuración. Los individuos demasiado enclenques, mal hechos, portadores de genes defectuosos, no llegaban a la edad reproductora y sus genes concluían con ellos; de modo que, a pesar de la abundancia relativa de las mutaciones deletéreas, la especie podía mantener su nivel, incluso progresar, si la selección natural se producía con bastante rigor en favor de los genes deseables.

Pero hoy, en nuestras sociedades civilizadas, por lo regular la selección no actúa casi, y frecuentemente hasta actúa al revés.

La medicina, la higiene, la cirugía, la asistencia, conspiran para estorbar cada vez más la obra depuradora de la selección natural. Y como ya no hay ningún freno que contraríe la proliferación de los malos genes, puede preverse una deterioración lenta pero fatal de la especie.

Para conjurar ese grave peligro genético, ciertos biólogos han propuesto sustituir la dura selección automática de antes por una selección artificial, voluntaria, la cual obraría no sobre los cuerpos sino sobre los gérmenes.

Hay dos modos de considerar esa selección *eugénica*:

Selección *negativa*, apartando de la reproducción a los portadores de graves taras genéticas; o selección *positiva*, extendiendo hasta el último extremo los poderes reproductivos de los individuos excepcionalmente dotados desde el punto de vista físico o moral.

Las medidas de eugenesia negativa están ya en vigor en algunos países: en Alemania, en Suiza, en los Estados Unidos, en Finlandia. Se esteriliza a ciertos tarados o criminales.

La selección negativa, hay que decirlo, no puede tener más que un efecto extremadamente lento, por lo menos sobre las taras dominadas que pueden llevar en estado oculto o latente los individuos normales. Todos llevamos algunas de esas taras en nuestros cromosomas, por muy sanos que nos creamos: de cada

doscientos hombres uno lleva el gene de la idiotez amaurótica familiar; de cada cien hombres, uno lleva el gene del albinismo.

Por eso algunos biólogos impacientes, como Müller, confían principalmente en la selección positiva. Y he aquí cómo conciben su aplicación:

En el animal, es muy fácil dar centenares, millares de descendientes a un solo reproductor; para ello no hay más que practicar fecundaciones artificiales con la simiente, muy diluída, del semental. Durante una época reproductora, por ejemplo, se pueden fecundar quinientas vacas con la simiente de un solo toro, hasta quince mil ovejas con la simiente de un solo carnero.

Nada impediría — teóricamente, por lo menos — aplicar al hombre el mismo procedimiento. Así se podría — escribe Müller — "procurar que un gran número de los niños de la próxima generación heredaran los caracteres de algún hombre superior, sin que los padres hubieran tenido el menor contacto entre ellos e incluso sin que ni siquiera se hubieran encontrado".

Según el famoso genético de Texas, bastaría medio siglo de selección intensiva de los gérmenes masculinos para que la mayoría de los individuos igualaran, en cualidades innatas, a los genios más famosos de ahora.

Bien entendido, la inseminación con lo que Müller llama la "levadura genética" de los grandes hombres sólo se practicaría con las mujeres que consintieran en ello, con voluntarias de esa maternidad dirigida. Müller cree que serían muchas las mujeres que considerarían un honor y un placer añadir a su familia natural uno o dos de esos "niños de selección".

Müller sugiere, además, una posibilidad curiosa que podría facilitar la realización de esa eugenesia positiva la cual levantaría, seguramente, legítimas resistencias sociales y afectivas...

Se trata del cultivo de las células sexuales.

Se sabe que colocando ciertas células del organismo animal en condiciones favorables de nutrición y de temperatura, se las puede cultivar lo mismo que a los microbios, de modo que, a partir de una cepa celular determinada, se obtiene una cantidad ilimitada de células del mismo tipo. Hasta ahora se ha cultivado toda especie de tejidos (de hígado, de riñón, de retina, de piel, de glándula tiroides), pero no se ha logrado cultivar los tejidos que producen las células generatrices en las glándulas sexuales. No hay ninguna razón para creer que

eso sea un fracaso definitivo. Cuando hayamos fijado con precisión las condiciones de vitalidad de esos tejidos, podremos sin duda cultivarlos a nuestro gusto y obtener, a partir de una cepa testicular determinada, una cantidad indefinidamente renovable de espermatozoides, susceptible de ser empleada en las inseminaciones artificiales.

Depende, pues, únicamente de un pequeño progreso en la técnica biológica el que podamos hacer reproducir a un individuo durante todo el tiempo que se quiera después de su muerte, y con ello prolongar la capacidad procreadora de los individuos excepcionales. El día en que se realizase el cultivo de los tejidos sexuales, la muerte resultaría impotente para arrebatarnos enteramente a un gran hombre.

La eugenesia positiva tiene partidarios entusiastas que ponen por encima de todo el progreso biológico de la humanidad y estiman que es traicionar a nuestra especie el no trabajar para que ascienda utilizando todos los medios de que se dispone.

Pero también se encuentra con adversarios que protestan en nombre de la libertad y de la dignidad humana; a esos les repugna la idea de que la humanidad, aunque sea para concebir una raza de superhombres, pueda adoptar medidas que recuerdan demasiado la cría de los animales domésticos...

Grave debate. En él entran en oposición sentimientos, intereses, valores quizás inconciliables. Sea como sea, afecta a todo hombre que piensa y todos debemos participar en él de acuerdo con nuestros medios.

En efecto: no es de los laboratorios ni de las cátedras de donde han de salir las grandes decisiones reclamadas por los eugenistas.

Si alguna vez han de entrar en vigor no pueden emanar más que del alma colectiva, de esa alma de que cada uno de nosotros participa, que cada uno de nosotros contribuye a formar. Por ello es necesario que el mayor número de humanos posea elementos de información y de juicio. Una humanidad que supiera biología tendría probabilidades de sacar de su saber las lecciones más convenientes al hombre.

De todos modos, es preciso guardarse mucho de confundir la eugenesia con el racismo.

Sea cual fuere el sentimiento que se tenga sobre la posibilidad o la oportunidad de las medidas eugénicas, debe convenirse en que su espíritu está conforme con las enseñanzas de la biología, puesto que ésta nos revela la existencia de profundas desigualdades genéticas entre los individuos.

¿Ocurre lo mismo con las tesis racistas?

Eso es lo que vamos a examinar brevemente con toda objetividad.

Primeramente, no puede contestarse que haya *razas humanas,* es decir conjuntos de individuos caracterizados por particularidades genéticas.

Las diferencias profundas que separan a los negros y a los blancos son debidas a múltiples diferencias en los genes que constituyen el patrimonio hereditario.

El medio externo tiene poca influencia sobre esas diferencias: por mucho que los negros vivan en Europa durante una larga serie de generaciones, seguirán siendo negros. Conservarán su piel pigmentada, sus labios espesos, sus cabellos rizados. Y a la inversa, los europeos trasplantados a los trópicos conservarán su facies particular.

Entre los europeos, entre los blancos, también hay diferencias raciales de orden genético, aunque mucho menos acusadas. Si se compara a los suecos con los sicilianos, se comprueba si no una diferencia absoluta, por lo menos una diferencia media, estadística. Ciertos caracteres de pigmentación cutánea, de altura, etcétera, son más frecuentes en ésta o en aquélla de las dos poblaciones. A lo sumo se confundirá a un siciliano con un sueco, pero no se confundirá a un grupo de suecos con un grupo de sicilianos; esa posibilidad de discriminación se interpreta diciendo que en Suecia predomina una cierta raza y en Sicilia otra.

Es preciso hacer observar inmediatamente que no hay en ninguna parte de Europa una raza verdaderamente homogénea, una raza verdaderamente *pura*: cada pueblo, cada nación, cada pedazo de nación, constituye no sólo una mezcla sino una combinación de razas.

A pesar de esas mezclas y de esas combinaciones se puede, de manera general, clasificar bastante a grueso modo la población europea actual en tres razas fundamentales: la *nórdica* (dolicocéfala, rubia, de tez rosada, de ojos claros, de piernas largas); la *alpina* (braquicéfala, de pigmentación bastante oscura, de piernas de mediana longitud); la *mediterránea* (dolicocéfala, de pigmentación oscura, de piernas cortas). Los judíos, de los que en este momento se habla mucho, pueden atribuirse al tipo alpino o al tipo mediterráneo.

Repitámoslo: esa clasificación racial no responde en absoluto a la delineación geográfica o nacional. Las tres razas coexisten en Francia, con predominio de nórdicos en Normandía, de alpinos en Auvernia, de mediterráneos en Provenza. En Alemania hay nórdicos y alpinos, etcétera.

Queda bien entendido, pues, que el punto de vista racial no puede superponerse en modo alguno al punto de vista nacional y que no hay raza francesa, ni alemana, ni inglesa, ni italiana, propiamente dichas. Preguntémonos ahora si hay diferencias de valor, de calidad, entre los diferentes tipos humanos.

A primera vista, la cosa no tendría nada de particular: en los perros conocemos tipos raciales más inteligentes, más vivos, más domesticables, mejor dotados para la caza o para la guarda, etcétera. Los perros de aguas son más astutos que los galgos. Si verdaderamente, entre las razas blancas, hay una raza superior a las otras, si es cierto que hay una gran raza, una "raza maestra", es de suma importancia saberlo; y yo creo que un biólogo digno de este nombre se rendiría sin vacilar a una verdad de este género, aunque tuviese la desgracia de pertenecer a una de esas razas cuya pequeñez le demostrasen. Pero sería necesario que se la demostrasen de otro modo que por afirmaciones tonantes y sumarias. Para convencernos de la supremacía de la raza "ario-nórdica", no basta con que unos dictadores la decreten en "decálogos" perentorios. No basta con que unos intelectuales enrolados u obnubilados sofistiquen la ciencia y adulteren la historia. No basta con que unos profesores germánicos resuciten, en provecho de su reciente misticismo bárbaro, las viejas ideas en desuso de Gobineau y de Vacher de Lapouge. No basta con que un señor Cogni — italiano pura sangre que se las da de nórdico — prohiba el sentimiento de grandeza a los braquicéfalos de frente estrecha. No basta con que Louis-Ferdinand Céline, en sus delirante libelos, ponga su lirismo fecal al servicio de la más pueril de las "etnogogias"!

Queremos algo mejor. Reclamamos pruebas, argumentos, hechos. En favor de la primacía de las razas nórdicas no existe ni el más ligero indicio de presunción.

Si se quisiera establecer positivamente la superioridad integral de los blancos sobre los negros, ya sería un poco embarazoso, pues — por lo que se refiere a las aptitudes innatas — no puede demostrarse una diferencia muy considerable entre los niños negros y los niños blancos cuando desde su infancia se les pone en condiciones de educación estrictamente comparables. ¿Pues qué será si se pretende establecer una jerarquía genética de las razas blancas?

Son muchos los observadores imparciales — y particularmente los psicólogos americanos Lorimer y Osborn, Klineberg, etcétera — que se han dedicado a comparar, con respecto a las cualidades intelectuales y morales, grupos de niños de razas diversas. Ahora bien: nunca ha sido posible denunciar una diferencia apreciable y constante en favor de una raza cualquiera.

Suponiendo que hubiera diferencias genéticas raciales, serían absolutamente insignificantes junto a las diferencias individuales en todos los caracteres que tienen importancia e interesan para el mantenimiento y el porvenir de la civilización: inteligencia, memoria, atención, energía, valor, perseverancia, sentimiento social.

El hombre no es igual al hombre, ya lo hemos dicho bastante; pero una raza no es inigual a otra raza y, todavía menos, un pueblo a otro pueblo.

En todas las razas de Europa existen buenos y malos genes; y en todas ellas puede surgir, gracias a un azar imprevisible, una de esas preciosas combinaciones de cromosomas que han de contribuir a la prosperidad del patrimonio humano.

Digámoslo bien alto: no hay razas grandes ni razas pequeñas. La única gran raza humana es la que componen lentamente, a lo largo de los siglos, las potentes individualidades de la especie. Y esa raza emerge esporádicamente de todas partes. La civilización depende de ella y ella, a su vez, pertenece al universo civilizado.

Esa gran raza de que hablo, quintaesencia del hombre, no tiene nada de pura ni de homogénea... Está furiosamente desprovista de unidad estructural. En ella no predomina ningún tipo. El nórdico se codea con el mediterráneo y el alpino con el asiático... En ella se encuentran todas las formas de cráneo y todos los tamaños de frente, todas las anchuras de nariz y todas las larguras de piernas... Desafía su diversidad a todas las clasificaciones antropológicas. Reúne a los braquicéfalos con los dolicocéfalos y los mesocéfalos, a los braquiprósopos y a los mesoprósopos, a los leptorínicos con los mesorínicos y los euririnicos, a los macrosquélicos con los microsquélicos y los mesatisquélicos...

Y añado — porque también parece olvidarse algunas veces, hasta entre nosotros — que al establecimiento de esa gran raza impura y heteróclita ha contribuído, tanto como cualquier otra, la raza que produjo a tres de los más grandes espíritus, quizá los más grandes de nuestra época: Freud, Bergson, Einstein.

El racismo plantea aún otro interrogante: admitiendo que no haya ninguna

raza superior, podría ser ventajoso para cada raza mantenerse todo lo pura y homogénea que fuera posible.

Desde el punto de vista biológico nada nos permite creerlo. Quizá los cruces entre razas muy alejadas puedan dar lugar, dos o tres generaciones después, a ciertas asociaciones desarmónicas de caracteres (dientes demasiado anchos en mandíbulas demasiado estrechas, desproporción entre el tamaño de las vísceras y el volumen de la caja torácica o de la cavidad abdominal); pero esos peligros no amenazan para nada a los cruces entre razas vecinas como las razas europeas. Más bien se podría pensar que semejantes mezclas han de tener felices consecuencias puesto que, al juntar modalidades genéticas complementarias, crean personalidades más ricas y más complejas.

En una palabra: el racismo no encuentra en la biología ningún apoyo. No tiene derecho a basarse en la ciencia. Y, aunque por otra parte lo tuviera, sus procedimientos y sus métodos provocarían igualmente la irreductible oposición de una cosa que grita aún más que todas las disciplinas positivas: la conciencia humana.

Si pudiera pensar que el comportamiento actual de los pueblos expresa su profunda naturaleza, si pudiera pensar que sus actos colectivos responden en algún modo a su nivel genético, ¿necesito decir que no situaría la superioridad del lado en que con tan grosero impudor se la proclama?

Pero creo que debemos llevar nuestra repulsa del racismo hasta no incriminar los cromosomas de todo un pueblo por el hecho de que sufra, pasajeramente, el imperio de una combinación individual perniciosa.

JEAN ROSTAND

NOTAS

Los Libros

LUC DURTAIN: *La guerre n'existe pas...* (Flammarion). — Un título que a primera vista parece absurdo; sin embargo, sus razones son claras: la guerra no existe como realidad profunda, como realidad real, sino tan sólo como negación, a su vez negada por la riqueza innumerable de la vida. He ahí la tesis general de este último libro de Durtain. En él encontramos nuevamente el tema durtaniano de la comunidad de los hombres. Para Durtain esta comunidad no consiste en el amor, ni en la amistad, ni aun en la camaradería. Tan sólo se logra merced a esa grandeza interior que el hombre adquiere bruscamente, en presencia del peligro estúpido, y que lo vuelve preciso y humano para una tarea, una única tarea. Entonces consigue reunirse con toda la humanidad.

El héroe de dicho libro es un médico de barrio, Regimbault, que vive en París y es movilizado en 1914 en momentos en que iba a casarse con Micheline, mujer bella y agradable, dotada de una madre mediocre como ella misma lo será bien pronto: la hija y la madre, almas hechas de axiomas heroicamente confortables o confortablemente heroicos, según los casos.

Lo que llamaría la ascensión espiritual de Regimbault hasta las puertas de la Caridad en el sentido pascaliano, se opera en tres tiempos esenciales: Primer tiempo: el contacto con las mediocridades humanas que participan en la guerra. Segundo tiempo: el contacto con la mediocridad femenina (Micheline y su madre) y con la dulzura femenina cuando se goza de ella como aficionado, como esteta (Marthe). Tercer tiempo: el contacto con el sufrimiento que niega la muerte y el contacto con la vida que, para aparecer, toma como pretexto la última mirada de un moribundo. Este tercer tiempo, el descubrimiento de que la vida nos es más connatural que la muerte y que esta última es una falta de sentido, constituye el más importante de todos. Y es el que más me interesa.

El pensamiento de Durtain aparece con nitidez en dos textos que citaré íntegramente.

El primero se refiere a la inexistencia de la guerra: "...Cuando la guerra apareció en el horizonte, ignoraba lo que significaba. Busqué en ella ideas, busqué en ella sentimientos, no sabía qué creación extraordinaria. ¡Oh no, no sabía!... Ahora bien, como me hallaba demasiado aparte, quise mirar las cosas de más cerca. Y lo que se me reveló entonces fué un horror tal que ningún espíritu puede soportar su visión auténtica. Lo que acabo de decir contra la guerra no es aún suficientemente fuerte... Poco a poco, el desprecio reemplaza al horror... He visto disminuir la guerra, la he visto contraerse por entre la inmensa realidad que subsiste. La vida no puede morir. No puede. Sólo a ella quiero ver" (p. 198).

Y es verdad. La guerra, en sí, carece de sentido real. No puede tener sentido más que por el valor de los hombres que están alistados en ella. Todo valor es de origen humano (o divino, considerando a la divinidad como una persona). Ahora bien: cuando se trata de la guerra, los hombres no reaccionan más de lo que reacciona un campesino en presencia de la gloria de una mañana de primavera.

Ni aun el pensamiento mismo de la muerte eleva la condición del hombre. El pensamiento de Dios aparece tan sólo a los que ya lo poseen. Y así como el milagro no sirve sino a aquellos que no necesitan de milagros para creer, los acontecimientos no tienen sentido sino ante los ojos de los que hasta serían capaces de prescindir de ellos.

Las grandes acciones son vanas cuando quieren distinguirse de las otras que se ha dado en llamar pequeñas. Y las grandes almas no distinguen las grandes acciones de las pequeñas.

El milagro, el acontecimiento, la acción, son la confirmación de los valores espirituales, su piedra de toque, o su verificación, o su pretexto, o su expresión. ¡La guerra no existe! Y por mi parte desprecio profundamente al heroísmo, cuando el heroísmo no es connatural al hombre, pues semejante heroísmo carece de contenido, no es más que una actitud de falso lírico. (Pienso en esos nuevos ricos de la gloria, arrogantes y mendigos alternativamente, que envenenan el alma europea).

Los grandes sentimientos nunca son teatrales: son ellos mismos. ¿Se habla

del heroísmo de las glándulas humanas? Y, sin embargo, la lucha contra la muerte, en la cual constituyen uno de los elementos esenciales, es encarnizada. ¿Acaso se habla del heroísmo del roble que resiste a las tempestades?

Se dirá que el hombre tiene una conciencia.

Es verdad. El hombre tiene una conciencia para ratificar las realidades del espíritu y las realidades de la materia, para dirigir su sentido, no para hacer literatura acerca de sus propias acciones y de sus propios sentimientos. Y, particularmente, esa vana literatura de la que Tolstoi se ha mofado en *La guerra y la paz.*

Las realidades humanas son: Dios y la miseria y la felicidad de los hombres según una jerarquía que parte de la familia (la mujer y los hijos), continúa en el amor y la amistad y termina en el grupo humano de la patria (no de la Nación).

Ahora bien; no se alcanzan dichas realidades por medio de la guerra en sí, sino por el sufrimiento (y en la guerra hay sufrimiento): y no el sufrimiento sobre el cual se proyecta la visión de un intelectual sino el sufrimiento primitivo, absurdo, que se soporta pero que no se admite, el sufrimiento que abre las carnes y rompe los huesos tonta, trivial, militarmente, el sufrimiento que reúne a los hombres, como a los animales en el establo, en la comunión de un calor idéntico y de un mismo perfume animal. En este sentido la guerra puede ser una revelación de humanidad para algunos, menos numerosos sin embargo de lo que se piensa (leer las admirables últimas páginas de Carco: *De Montmartre au Quartier Latin*).

Esto lo volvemos a encontrar expresado aunque de un modo más pascaliano que por nosotros mismos, pero de un Pascal más fraternal para la carne que sufre y la carne que goza, esto lo volvemos a encontrar expresado en el segundo texto de Durtain que precedentemente anunciaba:

"Desearía gritar yo también: ¡gozo, gozo, gozo, llantos de gozo! Lo que Pascal conoció de improviso, ¿no era la nobleza de la carne herida? Realidad espléndida a pesar de las cinco llagas... Elevación de esas palmas, de esos pies, de ese costado. Heridas forzadas a participar de la luz. Heridas, en esa irradiación, apagando su haz negro. El hombre semejante en la tierra a un Cristo gigantesco coronado con alambre de púa, y con las manos clavadas en los postes... Pero, más allá de los dolores, la eternidad todopoderosa de la vida. La divina eternidad de la vida. O, para reducir a dos los vasos comu-

nicantes de las palabras: Vida eterna. Mejor: Vida, sencillamente. Vida: con su cortejo de luces y mundos, y las cabezas inclinadas y los corazones tendidos de los hombres. ¡El ser! ¡No existe nada más que el ser! Es esto lo que buscaba, a partir de los fantasmas de las naciones hasta los fulgores que bailan ante el sol entre las pestañas. Esta noche, finalmente, he recibido la chispa. ¡He recibido la Mirada! Nunca más estaré solo" (págs. 182-183).

Me agradaría ahora aventurar algunas reflexiones de carácter puramente literario, reflexiones concernientes a esta obra y a la novela en general.

Quizá la novela sea la única cosa verdaderamente grande que nos haya aportado el siglo XIX. Gracias a él, uno de los mitos literarios más absurdos [1] que existen ha desaparecido. El Conde de Vogué, en su prefacio al *Idiota* (traducción de Victor Dérély), consideraba un deber excusarse de que la obra de Dostoievski no respondiera a ningún género definido. Pero, precisamente, la grandeza de la novela está en contener en sí misma todos los géneros, en ser la suma del mundo moderno. O más bien en tener la posibilidad —y sólo ella— de convertirse en la suma del mundo moderno. Aunque desgraciadamente, desde el siglo XIX, es tan sólo su monografía, no debido a sus temas, pues éstos son eternos, sino debido a que se ocupa más de los temperamentos que de los caracteres. He aquí la crítica esencial que hago a toda la obra literaria de nuestra época.

¡Cuán extraña es la historia literaria de nuestra época! Mientras la psicología se orientaba hacia el behaviorismo y la dialéctica, hacia la impersonalidad, la literatura —la novela— no alcanzaba a salir de la introspección.

En la novela contemporánea, desde principios de siglo, encontramos ante todo temperamentos. No encontramos caracteres. Literatura de temperamentos agravada por un esfuerzo demasiado visible del estilo. He aquí otro reproche

[1] Aprovecho, una vez más, para protestar contra algo absurdo: la enseñanza de eso que se llama literatura preceptiva. Y contra algo absurdo e inútil: la enseñanza de la composición. Dad a los estudiantes una ciencia literaria en contacto directo con los escritores, dirigid su buena voluntad y lo demás vendrá por añadidura, mientras que vuestra literatura preceptiva hace de los estudiantes unos pedantes y vuestra composición no puede sino enseñarles a escribir cuando no tienen nada que expresar. (Una crítica directa y muy perspicaz de ello la encontramos en *Claudine à l'École, de* COLETTE).

que hago a la novela de principios del presente siglo y de fines del pasado. Se ve demasiado en ella la arquitectura y el estilo. Particularmente el estilo, la mano del autor. ¿Es acaso una nostalgia de Balzac y de Stendhal lo que me lleva a formular este reproche? Pero acepto también a *Manon Lescaut* como la obra maestra del amor fatalidad, del castigo de los dioses, de la venganza de Venus en el sentido que le daba Eurípides. (¿Por qué recuerdo ahora con infinita emoción una noche en el teatro de Baty, en Montparnasse?).

Que haya subjetividad en la novela, es un hecho necesario como en todo orden. Pero dicha subjetividad debe aplicarse en desaparecer. Ahora bien: no es éste el caso de la novela contemporánea. El autor está siempre presente, al menos como sucede con Durtain, en el esfuerzo del estilo. Lo más que reprocho a Durtain es la virtuosidad de su estilo, virtuosidad de la sencillez, virtuosidad de lo directo, virtuosidad en plena materia humana y materia física y simplemente materia en todos los sentidos. Pero virtuosidad aún. Crítica que es un elogio, pues significa exceso de personalidad. Queda por saber si la personalidad es útil o nefasta a la obra de arte y en qué medida. Dejemos este tema para otra ocasión.

EMILE GOUIRAN

ALDOUS HUXLEY: *Ends and means* [1] (Chatto and Windus). — El temor a la guerra parece haber inspirado esta obra a su autor. La parte central del ensayo analiza las causas inmediatas de aquélla; el conjunto del libro estudia la organización general del mundo moderno, sus estructuras económicas, políticas y psicológicas, esforzándose en poner en claro todo lo que en ellas concurre a suscitar un conflicto armado o lo postula como solución última de las dificultades inherentes a los valores o a las instituciones características de la civilización incriminada. La fuente principal de esta inminencia constante de los más grandes males reside, según Aldous Huxley, en la avidez individual o colectiva de riquezas o de poder. Por eso, para conjurar el peligro, conviene emprender la reforma moral de la humanidad: es necesario enseñar a los hombres las virtudes

[1] En breve aparecerá la traducción española de este libro bajo el signo de la *Editorial Sudamericana*.

de la tolerancia, de la comprensión y, sobre todo, del desprendimiento; es necesario enseñarles a considerar como el mayor de los bienes una felicidad calma y apacible; persuadirlos a estimar como valores supremos la afición al estudio y el amor al prójimo. El autor advierte que semejante tarea educativa no puede ser la obra de individuos aislados. Por eso recomienda la fundación de una Orden, de una asociación de personas de buena voluntad, que consagren a esta causa su actividad y su existencia. El análisis que hace de la naturaleza, modalidades y condiciones de la acción de tales comunidades es en extremo interesante: muestra que el reclutamiento de sus miembros debe efectuarse severamente, que un largo período de prueba es ventajoso, que una regla es necesaria y que el hecho de que sea ruda no obstaculiza en modo alguno la prosperidad y el éxito de la empresa (sucede precisamente lo contrario), que más vale que el derecho de propiedad sea ejercido en común y que es indispensable, por último, adoptar el principio de la solidaridad ilimitada. Acerca de todos estos puntos, Aldous Huxley registra y aprueba. Al tocar la cuestión de la obediencia, refunfuña. Se encabrita ante "el militarismo superior" de Loyola, cuya significación, por lo demás, no parece comprender muy bien y que incluso interpreta al revés cuando lo juzga incompatible con la ausencia de ligaduras. A esta jerarquía de hierro prefiere "la monarquía constitucional del estado monástico benedictino", hasta tanto el progreso del sentido de las responsabilidades permita la adopción de la democracia total y cuasi anárquica de los Cuáqueros. Aquí Aldous Huxley olvida lo que se ha propuesto, desconoce los hechos o se hace extrañas ilusiones. Porque si la orden eventual debe satisfacerse con retirarse lejos del mundo, abandonándolo a su triste destino, es indiferente, en efecto, que sea gobernada según tal o cual régimen interior. Pero si tiene la ambición de luchar y reformar debe saber ante qué temible competencia se encuentra. Debe saber que ya existen organizaciones ambiciosas y poderosas que cazan en sus mismos collados y disponen de toda la maquinaria y de todos los recursos de los grandes Estados. Debe prever que con ellas el choque será grave y la lucha reñida. Desde ya se impone la técnica militar, con sus servidumbres y sus sacrificios: la disciplina, como se sabe, hace la fuerza principal de los ejércitos. Se concibe fácilmente que Huxley quiera de buen grado renunciar a todo, salvo a esta independencia del espíritu que constituye, para el intelectual, a la vez su carga, su honor y su privilegio. Casi su razón de ser. Su amigo, el confuso D. H. Lawrence, mostraba mayor lucidez sobre este punto cuando *soñaba* con una especie de cofradía de aristó-

cratas implacables que gobernasen el mundo con el viejo espíritu de astucia de los mercenarios ancestrales. Es que hay que saber lo que se quiere y consentir, para alcanzar el fin propuesto, los abandonos necesarios. Parejamente, en lo que atañe a la acción considerada, el autor rechaza todo recurso a la violencia: sus resultados —dice— son siempre funestos. Pero, ¿dónde aprendió que la violencia sea inevitable en ciertas circunstancias, para obtener un cierto fin, frente a ciertos adversarios? Quizá tanto valdría, si se decide a no servirse de ella, desistir de golpe de todo papel militar e ingresar en las filas de los tímidos y de los resignados. Ahí se encuentra la secreta debilidad de una obra, por otra parte tan inteligente, tan coherente: en el postulado mil veces implícito, y por fin claramente expresado en las últimas páginas del volumen, de que hay que juzgar el árbol por sus frutos. Este criterio lo induce a Huxley a adoptar ciertos valores y rechazar otros. No hay criterio más peligroso y, por añadidura, más falaz. Pues ¿cómo juzgar a su vez los frutos y elegir entre ellos? Entonces deciden las inclinaciones personales del autor y ya no se nos da la sombra de un argumento. De ahí que un libro que se presenta como objetivo y sin prejuicios (y que lo es en su mayor parte, en la medida de lo posible) se revele tributario de preferencias muy determinadas. Poco conviene reprochárselo. Pero debemos asombrarnos y no admitir que esas preferencias, inconfesadas en tanto que preferencias, se pretendan hechos evidentes e incluso la piedra de toque de la verdad.

Así, cuando Aldous Huxley condena el apetito de poder y encuentra sano el deseo de felicidad, es posible preguntarle si no incurre en contradicción y si no imagina a nadie que ponga su felicidad en el ejercicio del poder ¿Considera a tales seres peligrosos, los pone a la puerta de la República y sacrifica su *felicidad* a la tranquilidad común? Que Huxley desconfíe. Bien pueden someterse aparentemente y, dispuestos a mayores privaciones para satisfacer su ambición que los demás para impedir que la realicen, llegar bastante rápidamente a sus fines y deslumbrar a sus víctimas por ese prestigio de que se halla siempre revestido el que desprecia los goces y el bienestar a los ojos de aquellos que disfrutan de los unos y necesitan del otro.

Más generalmente, cuando Huxley recomienda —a causa de sus consecuencias prácticas y no por sus valores intrínsecos— el respeto de la persona humana, la repulsa de toda efusión de sangre, la democracia y las reformas, podemos justamente inferir de ello que él, personalmente, es un hombre de buena voluntad

que desea la paz y la felicidad para sí mismo y para sus semejantes. Pero de allí no puede deducirse en modo alguno el menor indicio concerniente a la verdad y al valor de las soluciones que propone. "Quizá la verdad sea triste" (y quizá sea fuente de catástrofes). De ser triste, no convendría —a la manera de Huxley— hacer como si lo agradable fuese lo verdadero. Sería más valiente y eficaz convertir en alegría esta tristeza de la verdad, cual lo deseaba Nietzsche, amando el destino tal como es.

ROGER CAILLOIS

BERNARD SHAW: *Geneva* (Constable). — Tarde nos ha llegado *Geneva*.

La farsa transcurre en la Liga de las Naciones, hoy apenas un recuerdo humorístico.

Una marioneta, Herr Battler, escandaliza al mundo retirándose de la Liga: después de todo, un formulismo cortés comparado con lo que Battler-Hitler ha hecho después en Austria, Checoeslovaquia y Polonia.

Otro títere de la farsa, el generalísimo Flanco de Fortinbras, se aparece en escena oliendo a pólvora y a sangre, en plena campaña de exterminio: historia vieja; ya en España no se lucha, ha sido aplastada por el crimen más estúpido de que puedan ser capaces los fanáticos.

También se aparece el Comisario soviético Posky (Litvinof): pero hace rato que Litvinof fué sustituído por Molotov, y que la U.R.S.S. se entiende con Alemania para conmover el bloque de los imperios Francia e Inglaterra.

En fin, en *Geneva* se procura la paz. ¡Todavía la paz era una esperanza! Hoy es una realidad de muerte, horror y depravación, y Europa sucumbe otra vez a la incapacidad política de las masas, a los estropicios del régimen económico y a los mitos del caudillaje.

Geneva, pues, nos ha llegado tarde. Estrenada hace un año —justamente, el 1° de agosto de 1938— ha envejecido tanto que hoy su lectura, al lado de lo que nos informan los periódicos, nos parece tan candorosa como un autosacramental de Mira de Amescua.

Lo permanente de *Geneva* corre a cuenta de los epigramas sueltos, no de las situaciones, que se basan en una alegoría fácil: Mussolini, Hitler, Franco, procesados por gentes del montón ante una ideal corte de justicia. No hay

otros conflictos. Bernard Shaw ya no construye sus comedias. A partir de *The Apple Cart* se limita a taquigrafiar su pensamiento contrapuntístico con la sola ficción de imaginar un personaje para cada eco. Estos contrapuntos del anciano Shaw son siempre amenos y, a veces, brillantes. También en *Geneva* encontramos los buenos momentos: las dialécticas en paralela del obispo y el delegado soviético, la caracterización de las ínfulas imperialistas de Alemania, Italia, Inglaterra y Rusia, la competencia histriónica entre Bombardone y Battler (Mussolini e Hitler), la adhesión de la señorita Begonia a las teorías pacifistas e internacionalistas sin que ello implique renunciar a su furibundo patriotismo de campanario, al sentimiento de rivalidad entre dos barrios londinenses: Peckham y Camberwell.

Geneva continúa la serie de farsas antidemocráticas que arranca de *The Apple Cart* (1929) y se afirma, especialmente, en *Too true to be good* (1931), *On the rocks* (1933), *The simpleton of the unexpected isles* (1934) y *The Millionairess* (1936).

El pensamiento antidemocrático de Shaw ya venía de muy lejos: estaba presente en sus primeros ensayos, novelas y comedias. Pero la novedad del ciclo que va de *The Apple Cart* a *Geneva* consiste en tomar posición ante dos experiencias nuevas: el éxito de la U.R.S.S. y las ventajas del fascismo sobre las democracias parlamentarias. Fuera de las comedias, esta preocupación se ha expresado en los prefacios, en discursos, ensayos y en los dos capítulos agregados a *The intelligent woman's guide to socialism and capitalism.* Ambos capítulos —"Fascismo" y "Sovietismo"— fueron publicados por SUR en sus números 38 y 39.

Cuando Shaw señala coincidencias entre los ímpetus del fascismo y los progresos del sovietismo, y distingue estos movimientos históricos del liberalismo económico y de la democracia parlamentaria, no es para exaltar la falsa oposición entre Estado y Persona — paralogismo que presenta como ontológicamente reñidos dos hechos que sólo se oponen en nuestro modo de pensarlos —, sino para demostrar dos grados de eficacia en la conducta política de la especie humana: el sistema parlamentario, que funciona únicamente para impedir que las cosas se hagan, y el Estado organizado por minorías activas, que impone a toda la sociedad un plan revolucionario con el propósito ulterior de dignificar a cada individuo. Sólo que el fascismo, "última máscara del capitalismo agonizante", precipita la caída de la civilización y su magnífico empuje se frustra

como la fuerza de un loco. El fascismo construye más que el parlamento, pero no sabe distribuir equitativamente la producción de la técnica. La salida del caos es entonces el comunismo, lo bastante violento para hacer revoluciones y lo bastante cauto para saber que las revoluciones, por sí solas, no transforman la estructura económica y social. Hasta ahora Shaw no ha creído necesario rectificar estos juicios ante la alianza de Rusia con Alemania y su invasión de Polonia. Al contrario, ha pedido a los ingleses que aplaudan a Stalin por su golpe maestro: le quita de la boca a Hitler gran parte de Polonia y organiza en el terreno conquistado una futura república socialista. La U.R.S.S. —continúa Shaw— es el único ensayo de revolución política que ha tenido éxito en los últimos tiempos, no porque haya superado los métodos de producción capitalista, sino porque estabiliza el poder político del proletariado mediante un acertado sistema de distribución, y usa ese poder político en ganar las almas de los niños y preparar así nuevas generaciones aptas para la futura civilización. El comunismo es la esperanza del mundo porque es el único movimiento espiritual, pedagógico, religioso, que al luchar por la justicia y el bienestar de las personas cumple los mandatos de la *evolución creadora*, de la *Life Force*, de la divinidad inmanente en la especie humana.

No olvidemos que Shaw es un pensador de raptos místicos y que su concepción del universo es mucho más seria y significativa de lo que han creído sus críticos. Así como Bergson —para citar un filósofo de inspiración gemela— prefiere pensar sobre sus propios principios ordenadores, Shaw, en cambio, se ha dedicado a pensar en el punto de aplicación de esos "esquemas dinámicos de sentido" (Bergson). No nos habla de su estructura mental, de sus categorías, sino de las imágenes concretas que resultan al esforzarse en comprender la realidad social. Ha consagrado toda su vida a expresar la infinita y complejísima combinación de perspectivas con que se presenta cada fenómeno político. Tontería de los críticos es suponer que Bergson es filósofo y Shaw no, porque aquél toma como objeto de meditación el punto de partida y éste el punto de llegada en el mismo proceso de creación intelectual. Sobre esta inopia de los críticos de Shaw he insistido en *La flecha en el aire*.

Geneva no es una pieza importante dentro del teatro de Shaw, pero prueba la continuidad y congruencia de su filosofía, una de las más lúcidas de la época.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Roger Caillois: *El Mito y el Hombre* (Ediciones Sur). Con su pasión y su equilibrio, con su oportunidad en el tiempo —pues es un libro que tiene fecha auténtica, que nace en sazón histórica, cuando es culturalmente natural su aparición — la obra de Roger Caillois *El mito y el hombre* cumple las condiciones íntimas, formales y temporales que hacen a un fruto especulativo apto, no sólo para excitar el apetito más congruente con el valor y sabor de su regalo, sino incluso para mudar aquel primario anhelo de participación en un imperativo moral, en una cierta obligación de enterarse. Y así, quien comenzase a catarlo por gusto, se encontraría después unido al tema y perspectivas de este libro, si no es un lector casual, por un creciente sentimiento de responsabilidad compartida que nos hace solidarios de la empresa —de acuerdo o no con el autor, pero en honda y viva deliberación con él— y nos obliga a un realísimo interés. Diríamos que es menester entrar en el asunto, no ya con interés, sino con intereses, interesadamente; y esto en tal medida, que toda malicia o deslealtad intelectual se nos revele como un mal negocio. No basta participar en el juego, aunque la participación sea científica. (¿Qué derecho tendría el "científico desinteresado" a tratar este asunto, y qué garantías de no estar hablando de otra cosa?). Es menester entrar en el conflicto —con toda la moderación necesaria y bien armado de exactitud y de justicia, pero con igual calor, en el fondo, que don Quijote en la intriga de Maese Pedro. ¿Entrar? Acaso estar dentro de antemano es parte ya esencial del método.

Sería cosa de averiguar —nos faltan datos biográficos— si Caillois ha sido llevado a investigar la génesis entrañable de los mitos por la esperanza de hallar a través de ella, en lejanías o raíces del alma, fundamento adecuado a una ortodoxia viva que ponga orden en la conciencia y en la conducta actuales (entiéndase orden magnífico, liberal, propicio a la realización del ser), o si desembocó en ese propósito, que caballerescamente comparte con los espíritus más fuertes, a la vuelta de sus investigaciones específicas; y bien podría ser esto último, pues quien se acerca verdaderamente al mito, con dilatada humanidad, sin novelerías ni, por otra parte, desmedrados remilgos, entra por transparencia en nobles tentaciones de futuro, y sabe acaso, como los pájaros madrugadores, de la gran sombra y del rodar del sol de amanecida. Por uno u otro lado que se suponga iniciado el proceso, el ciclo se integra si una tensión cabal, una profunda unidad de espíritu, preside el desarrollo.

Es evidente que las raíces de la vida imaginativa y las posibilidades de

una auténtica ortodoxia, de una bien fundada comunidad de certidumbre, se relacionan entrañablemente; a tal punto que, sin ese vínculo, la fe —que confiere a la certidumbre un valor *esencial*, como la pura certeza confiere a las reivindicaciones del ser una garantía *formal*— no es nunca flor segura sino puro énfasis dogmático o simple obstinación de juicio.

Aunque la noción común de ortodoxia no haya sido violentada por Caillois para ajustar la palabra a peculiares fines de expresión, conviene señalar en qué lugar la emplea, o qué lugar le da en su pensamiento. "Para que un conocimiento merezca el ser promovido a ortodoxia —dice— no le basta con estar al abrigo de toda crítica de método; es preciso, además, que lejos de serle indiferente la sensibilidad humana, le parezca *directamente revestido de una atracción imperativa y demuestre inmediatamente su capacidad de ponerla en movimiento*". Y más adelante: "Precisamente la esperanza de una *ortodoxia* no es otra cosa *que la presunción de la empresa unitaria ideal*, la que se propone por objeto realizar la *totalidad del ser*, haciendo concurrir sus diferentes funciones a una creación viva y continua", etc. Lo transcrito basta para caracterizar suficientemente la función del concepto de ortodoxia en la "Conclusión" —casi *Manifiesto*— del libro de Roger Caillois.

Ahora, habiendo comenzado a glosar este libro por el fin, nos toma un poco desprevenidos, ante la necesidad de justificación, el conflicto latente que nos llevó a tal proceder, a entrar diríamos, por las ventanas de la torre. De una parte —y es natural— no nos parece suficiente comentar el fin: sería preciso rememorar los fundamentos —todo lo que precede— en amplio vuelo, trayendo éste, como a centro de espiral, a las proposiciones concluyentes, o hacer el viaje inverso; pero de otra, un penoso presentimiento de ruptura —no sólo en la continuidad del tema, sino en la adhesión al método— nos alarma y pone en guardia, con gran presencia de esenciales intereses humanos (personales), cuando queremos retroceder para situarnos en una cima del trayecto andado. ¿Falta quizá algún puente sobre una honda quebradura? A la ida —esto pertenece a la biografía del lector, de este lector, y no aspira a ser sólidamente estimado como crítica— hemos tenido que dar un salto. ¿Esperábamos tal vez evitarlo con solo invertir el orden de la marcha? Lo cierto es que la sima no es específicamente propia de este libro sino quizá de nuestro tiempo; y no es aventurado suponer que el autor prefiere dejar franca la rotura a disimularla con arte de fingidas transiciones. Si se tratase de dos polos de una misma esfera, senti-

ríamos todo un sistema coherente de atracción que acreditaría, ante la "integridad de nuestro ser", aquella continua esfericidad. Si hubiese un puro salto cualitativo, irreductible a línea evolutiva, sería tarea del espíritu, aun en plena angustia, lograr la síntesis o, al menos, la simultaneidad de conocimiento que permitiese ver el nexo o el conflicto dialéctico —y a esto tendría entonces que referirse la *conclusión*. Pero en realidad ésta postula un modelo de certidumbre viva, y el proyecto vacila en sus quicios o se estremece muy profundamente si, después de buscar en la milenaria o perenne esfera de los mitos y en su interior dialéctica los móviles típicos que los hicieron aptos para determinar una comunidad de fe, la clave que se nos muestra, sobre la cual se insiste particularmente, es un sistema de instintos disfrazados o de representaciones supletorias de instintos. Ciertamente hay que contar con el orden de lo impulsivo para *realizar* una ortodoxia, pero ¿en qué sentido? ¿Bastan ciertas garantías de arraigo —por conocer la tierra en que se siembra— para que pueda inspirar confianza una ortodoxia *como tal?* No parece ser ésta la actitud de Caillois... Pero tal vez la noción del *ser* —y de su *totalidad*, actuante en toda gran mitología— se colorea en este libro de *parcialidad*, de esa parcialidad que caracteriza netamente al pragmatismo y vagamente, pero con hondo riesgo, a sus afines.

Veamos: No es que un orgullo encanijado, una escasez de amor, una angostura de horizonte, nos pongan en el pie de protestar beatamente contra los nexos biológicos y divinas similitudes que enlazan con mutuos ecos los extremos de evoluciones divergentes, pero puntualmente unidas en su origen: nos referimos a la tesis bergsoniana, que Caillois utiliza, sobre la inteligencia y el instinto, privativos, en grado eminente, éste de los insectos y aquella del hombre; tesis que aquí no es ocasión de discutir y que, en todo caso, podría tener un valor de paradigma teórico, de supuesto formal, para organizar la exposición de hechos distantes y simétricos y ofrecer, al menos, un "proyecto de razón" del misterioso parentesco. La seducción constructiva de este ensayo ("La manta religiosa"), y demás ejemplos aportados con un fin análogo, es perfecta en el libro de Caillois y muestra, al mismo tiempo que un pulso firme, las más delicadas cautelas en el discernimiento de lo seguro y lo *admisible* y una atenta conciencia metafísica, llena, a la vez, de audacia y de reserva. No tendríamos, por otra parte, motivo para tocar alarma en lo dudoso, pues en la discusión de hipótesis y en la defensa de las que propone, el autor guarda en todo

momento gran circunspección y nos hace asistir con clarísima lealtad a sus propias dudas. Y, en fin, no es esto, ni lo otro, ni lo de más allá, de cuanto pudiera parecerse a escrúpulos "idealistas" ni, mucho menos, al recelo. El libro, a pesar del esplendor de su ingenio, inspira confianza y tiene, aparte de su fisonomía peculiar, respetables antecedentes filosóficos (explícito el de Bergson en "La manta religiosa", implícito el de Schopenhauer en el ensayo sobre "Mimetismo y psicastenia legendaria", donde el espacio —y otras veces lo prenatal— desempeñan el papel imperativo, de atracción última, que en el filósofo alemán la voluntad no objetivada). Y aquí se nos ocurre un "proyecto de presagio" que puede interesar al autor: ¿No se hallará en el mismo caso respecto a Bergson en este libro, que el joven Nietzsche respecto a Schopenhauer cuando escribió el *Origen de la tragedia*, libro, al fin, de mitología, con miras también, más o menos expresas, a una *Ortodoxia militante?* ¿Y no debemos recordar, a este propósito, el resto de aquella historia?

Ahora bien, hechas las salvedades suficientes para alejar toda sospecha de limitación, es hora de recobrar el hilo en aquel punto de señalar ambigüedad en que quedó suspenso. Si la esfera de los mitos, que se presenta en su conjunto como paradigma de representaciones capaces de determinar una profunda aquiescencia colectiva, por sus raíces y resonancias afectivas en lo fundamental del alma, es de orden casi-alucinatorio; es decir, si lo típico de su virtud reside en ser umbral de alucinación, ¿no nos arriesgamos, al invocar tal paradigma —y aunque ello sea para hacer *presente* lo que en el mito es lejanía— a fundar en *funciones* vueltas sobre sí mismas, en subjetivismo extremo, la creencia y el acto? Y si estudiando esa función de extrema fluidez, apta para adoptar los más varios disfraces y para prosperar en los terrenos en apariencia más estériles, a que Caillois se refiere al señalar el tema esencial de una investigación sistemática sobre los mitos, nos guía el propósito de hallar cimiento firme en lo inestable para fundar imperio y ordenada conciencia colectiva que satisfaga al hombre en su raíz, ¿no nos acecha un nuevo riesgo, y más siniestro aun: el de convertir la táctica para alcanzar un tal imperio en una especie de "hechicería antropológica" —aunque la máxima disciplina moral y el más puro rigor científico tracen nuestro camino?

La ambigüedad, digamos pues para resumir de algún modo, se instala entre un subjetivismo radical —el que parece regir la dialéctica de los mitos a través de las hipótesis de este libro— y el anhelo de una ortodoxia relacionada con

las más íntimas reivindicaciones del ser, pero cuya objetividad no deja de quedar comprometida, salvo que se garantice la *autenticidad del fruto* —y esto crea ya otros puntos de vista— frente a la legitimidad del apetito. Y, en fin, en este punto no caben vacilaciones una vez que se acepten íntegramente los supuestos: Dado que la función fabuladora capaz de determinar comunidad de creencia, es decir, la *función mítica*, sea, en la nervatura de su génesis, un sucedáneo del instinto y, en el fondo, de igual naturaleza práctica o impulsiva; si lo que no es en el mito simple sustitución de una conducta por una representación es reductible a determinaciones explicables por concomitancias sociales e históricas, entendidas como factores; si, en suma, el mito es un *síntoma* (proyección de conflictos psicológicos, en lo que se refiere a la situación mítica; y del individuo en conflicto, en lo que se refiere al héroe), hay que negarle, en consecuencia, todo carácter de objetividad, todo contenido que exprese íntima polarización hacia el conocimiento. (¿Tendría la función fabuladora de la mística y del arte más honda y altamente humano —aquel que tiene más linaje de historia y de conflictos y, a la vez, más cielos de intuición, cosa teórica—, privilegio especial para no ser también sus frutos considerados como figuras simétricas, en lo esencial, a la conducta instintiva? Y si no, ¿dónde debe cesar la negación del privilegio? ¿En la ciencia? ¿En la filosofía? ¿No han sido sometidas al mismo tratamiento?).

Un abuso de pragmatismo es evidente que acaba no dejando tampoco al pragmatismo en pie. Entre él y el "romanticismo evasivo" media una oposición escueta. Pero nada nos obligaría a elegir entre lo uno y lo otro. No se trata, ni mucho menos, de un dilema.

Quisiéramos, sí, que el *impulso noético* y la confianza en su destino naturalmente victorioso, fuese reconocido en todas las etapas del alma humana, y que se viese en tal impulso la radical tendencia del amor a hallar su verdadero objeto para vivir fuera de sí con perfecta confianza. Y una vez que se adopta este punto de vista, la historia de la imaginación deja de ser sólo una historia de síntomas de impulsos que buscan su satisfacción en sí, fingiéndose un objeto o proyectándose en disfraces admisibles y más o menos sublimados (¿para qué la sublimación? habría que preguntar obstinadamente); deja de ser sólo eso, decimos, y pasa a ser la figura, que arde en desiertos o se agita en fiestas, de una empresa que ya contiene algo de su objeto, pues por él, por su luz, es movida. Grandes intrigas y caídas hay en esa historia, pero la más audaz ma-

licia, la burla más feliz o más temible ya no consistiría sólo, en adelante, en ver el principio de utilidad —o de puro impulso, que en el fondo es lo mismo, pero inútil— como sustancia del "principio de representación" —no entendamos ficción—, sino a la inversa... ¡Y cuánto nos dirá entonces la *conducta!* ¡Y qué luminoso prodigio será ver, transparentada, la esquemática intriga de los insectos y de las flores!

No; no es evasión romántica. Es afán de una verdadera *ortodoxia militante*, en cuyos linderos suponemos también a Roger Caillois, aunque al dejar en blanco —quizá por querer proceder "austeramente"— la página de lo que falta por hacer, deje un abismo entre la *conclusión* y los ejemplos, y una quizá provisional ambigüedad.

Entrar con más detalles en la rica materia de este libro, examinar sus encrucijadas con cuidadosa dialéctica, mostrar hasta qué punto es también *síntoma* (en el doble sentido que ahora cabe dar a la palabra), no es propio de la escasa ambición de este comentario ni de sus forzados límites. Sólo hemos querido entrar en el retablo con cierta furia y con amor. Y ya muy dentro, podemos decir que el libro y su misterio merecen una canción.

RAFAEL DIESTE

JOHN HADFIELD: *Modern Short Stories* (Dent). — O el arte de componer cuentos breves ha desaparecido con plenitud de las letras británicas o Hadfield es el más incompetente de los antologistas. (Un lector de Mill o de Jevons me indicaría que esas dos conjeturas no se rechazan y que el hecho de optar por la segunda, o sea por la menos melancólica de las dos, no excluye la primera). Veinte composiciones de veinte muy diversos autores integran este libro manual. Conrad y Kipling lo inauguran; Bates y William Saroyan calamitosamente lo cierran. Conrad está representado (y un tanto calumniado) por *The lagoon;* Kipling, por *The miracle of Purun Bhagat*, que nadie puede confundir con sus obras maestras — con *The gardener*, con *The finest story in the world*, con los dos cuentos sobre Pablo de Tarso, con *In the house of Suddhoo.* Absolutamente, *The lagoon* y *The miracle of Purun Bhagat* son más bien prescindibles; cotejados con las banalidades de Bates y de Saroyan, parecen redactados por semidioses.

No se trata de visiones distintas: se trata de la antigua disparidad que hay entre la destreza y la incompetencia... En el prefacio leo que según Chejov los cuentos pueden carecer de principio y de fin. De acuerdo, pero acaso no baste esa privación para resolver que son adorables.

Ni Wells, ni Faulkner, ni Ernst Bramah, ni Dunsany están en este libro. Descubro, en cambio, una inverosímil persona que se llama la señora Stacy Aumonier. De Katherine Mansfield hay el cuento *The garden party;* de O. Henry, el siempre sorpresivo *Jeff Peters as a personal magnet.* De Joyce hay uno de los cuentos de *Dubliners*: uno de tantos ejercicios medianos que condena a una espuria inmortalidad la vertiginosa luz ulterior que proyecta el *Ulises.*

Este libro antológico es el 954 de la *Everyman's Library.*

JACK LINDSAY: *A Short History of Culture* (Victor Gollancz). — De piedra será el pecho del *homo sapiens* que no ceda a las atracciones de este manual, en el que fastuosamente cohabitan el *Roman de la Rose* y el canibalismo, los símbolos totémicos y Balzac, los laberintos y las danzas. El procedimiento del autor es muy conocido: interpretar los hechos contemporáneos (de los que algo sabemos) mediante los instintos y ceremonias de los hombres de Cro Magnon (de quienes lo ignoramos todo). Para perfeccionar la confusión inherente a ese método pintoresco, Lindsay recurre al psicoanálisis y al marxismo. En la historia ve la prehistoria y en la prehistoria ve al doctor Sigmund Freud. Para los juicios literarios que la índole de su trabajo le impone, prodiga la dialéctica (y el dialecto) de Carlos Marx. Sus declaraciones divinamente ignoran la duda; he aquí unas cuantas:

El Paraíso Perdido, *aunque da en cierto modo su bendición a la disciplina de clases cuyo exponente principal fué John Bunyan, es una declaración alegórica de los males del capitalismo* (página 346).

El Don Quijote de la Mancha *es el símbolo de la revolución burguesa* (página 291) .

Consideremos la tragedia Antonio y Cleopatra. *En un marco histórico de agitación revolucionaria, Shakespeare opone los amantes (que son figuras de una era pre-capitalista) a la fría potencia de Octavio César, jefe estadual* (página 324).

En las hipótesis de los negadores de Einstein hay elementos que proceden de las tendencias individualistas de un capitalismo decadente (página 374).

Baudelaire, hijo de un pobre labrador... (página 357).

En Gulliver, *la glorificación final del Caballo, de la bestia de carga, es una vindicación alegórica de las clases trabajadoras, en quienes el autor ve la única esperanza del mundo* (página 344).

Inútil proseguir. La interpretación económica de la literatura (y de la física) no es menos vana que una interpretación heráldica del marxismo o culinaria de las ecuaciones cuadráticas o metalúrgica de la fiebre palúdica.

VEIT VALENTIN: *Weltgeschichte* (Albert de Lange). — Hacia 1844 escribe Schopenhauer: "Los hechos de la historia son meras configuraciones del mundo aparencial, sin otra realidad que la derivada de las biografías individuales. Buscar una interpretación de esos hechos es como buscar en las nubes grupos de animales y de personas. Lo referido por la historia no es otra cosa que un largo, pesado y enrevesado sueño de la humanidad. No hay un sistema de la historia, como lo hay de las ciencias que son auténticas: hay una interminable enumeración de hechos particulares". Ese mismo año, De Quincey escribe que la historia es inagotable, ya que la posibilidad de permutar y de combinar los hechos registrados por ella equivale prácticamente a un número infinito de hechos. Cree, como Schopenhauer, que interpretar la historia no es menos arbitrario que ver figuras en las vetas de un mármol, pero la variedad de esas figuras lo satisface...

En la página doce del primer tomo de esta Historia del Mundo, concuerda el escritor con esos negadores ilustres. "Cada acontecimiento es nuevo" nos dice. "La realidad es más pródiga que cualquier imaginación; no hay leyes históricas. La historia universal es un caso particular que consta de casos particulares: es la revelación de lo individual". Palabras tanto más valederas si recordamos que las firma un historiador y que encabezan una obra admirable. (Ningún historiador, dicho sea de paso, ha creído en las "leyes de la historia" con la candorosa fe de Vico y de Spengler).

Dos tomos de seiscientas páginas cada uno abarca la obra de Valentin. Es más extensa que las acumulaciones análogas de Hendrik van Loon y de Wells.

Más extensa y más amplia, menos estorbada de fechas, libre de lastre darwiniano o católico, libre de toda superstición — y hasta de la superstición del progreso. Memorables efigies individuales (Shakespeare, Loyola, Wallenstein, Cromwell, Napoleón, Bismarck, Nietzsche) ilustran y detienen la narración. En su decurso abundan las observaciones certeras: verbigracia, la afirmación de la mediocridad de *todos* los Estados Mayores entre 1914 y 1918.

Menos paciente y menos inescrutable que Dios, el doctor Valentin excluye de la historia a Adolf Hitler y no escribe su nombre una sola vez. ¡Extraña operación de carácter mágico!

Clement Egerton: *The Golden Lotus* (Routledge). — Quince tenaces años ha dedicado el sociólogo Clement Egerton a traducir del chino esta novela erótica y trágica. 4 nobles volúmenes abarca la traducción y vale —inaccesiblemente— 4 guineas. Por esa razón y por otra (que es la segunda guerra europea de nuestro siglo) no la tengo a la vista para redactar esta página. Conozco, sin embargo, la obra: hace un par de años he leído sin tedio (y con algún horror agradable) la versión alemana de Franz Kuhn: *Kin Ping Meh*, Leipzig, 1929. Ese volumen está asesorándome ahora. Egerton suele recurrir al remoto latín para velar las precisiones físicas del autor; el doctor Kuhn, en cambio, es de una franqueza que no excluye la obscenidad.

La primera edición del *Kin Ping Meh* data del siglo diecisiete. Los hechos novelados corresponden al siglo doce, no por afición arqueológica del autor sino para exhibir con libertad las corrupciones de su tiempo. Es fama que las novelas chinas están abarrotadas de gente, como el Imperio Chino. En el *Kin Ping Meh*, la pululación de *Volk ohne Raum* no es indescifrable, como en otros libros asiáticos. Por increíble que parezca, el número de *dramatis personae* no es infinito. La acción dura quince años, con indicación minuciosa de aniversarios, banquetes, enfermedades, peregrinaciones, procesos, agonías, coitos, divorcios, nacimientos, ceremonias nupciales y funerarias. Un adulterio, el asesinato de un hombre y la compleja y lenta retribución de los dos criminales y de su cómplice, definen acaso la trama. La brusquedad de ciertos hechos (verbigracia: los amantes deciden envenenar al marido y a las cuatro horas de esa decisión, la mujer le da una copa de arsénico) puede ser una torpeza del novelista, pero es una torpeza

feliz porque confiere al crimen una sensibilidad pueril o diabólica. Dos o tres urgentes pasiones mueven las almas: el miedo, la carnalidad, la codicia. Las tres son muy sinceras.

Numerosos poemas distraen el curso de la prosa. A veces, algún verso memorable:

La vieja luna vuelve a examinar los viejos salones.

El nombre del autor se ha perdido. El título combina los nombres de tres de las mujeres de la novela, pero significa también *Flores de ciruelo en un jarrón de oro.*

En esta "historia natural y social" de una familia china bajo los Sung, los rasgos sobrenaturales no faltan. Los chinos, en verdad, carecen de literatura fantástica porque todos sus libros, en algún momento, lo son.

JORGE LUIS BORGES

EXHUMACIÓN DE UN CLÁSICO. — El hecho de que Menéndez y Pelayo se maravillase (no sin cierto aire de reproche) de la multitud y variedad de obras místicas y ascéticas que dormían inéditas en los archivos de los conventos españoles no han influído gran cosa en la conducta de los editores de por allá, pues muy escasos han sido desde entonces los esfuerzos que hicieron para divulgar la belleza y la sabiduría de aquel incalculable tesoro. Salvo las consabidas ediciones de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y fray Luis de León (encaradas casi siempre con un miserable criterio filológico) apenas si han visto la luz de una manera decorosa ciertos libros (no precisamente los más importantes) de Nieremberg, Guevara, Juan de Avila y fray Luis de Granada. Después de la colección Rivadeneyra, el último gran intento de difundir con método y dignidad la literatura religiosa de España se debió al mismo don Marcelino, quien en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles (continuación de aquella colección) reunió algunos de los textos más famosos y menos conocidos de escritores tan grandes como Alonso de Madrid, fray Hernando de Talavera, Venegas, Cabrera y el maravilloso fray Juan de los Ángeles, a quien hay que contar entre los

espíritus más sublimes de la mística de todas las lenguas y de todos los tiempos. En una colección posterior (dirigida si mal no recuerdo por el novelista Ricardo León) aparecieron las *Meditaciones* de Diego de Estella, la *Victoria de la muerte* del Beato Horozco, el *Príncipe Escondido* de Salmerón y uno que otro libro menos importante, pero el descuido, la ligereza y la improvisación que se advierte en tales ediciones las hace poco menos que inútiles para el lector exigente. Lo mismo puede decirse de las versiones de obras del Padre de la Puente, de San Pedro de Alcántara, de algunos de los ya citados y de otros que sería prolijo enumerar, con el agregado de que dichas versiones (lanzadas por no sé qué Apostolados o archicofradías de Burgos, Valladolid o Toledo) se hacen ilegibles por los inevitables y sacristanescos prólogos y notas con que han sido martirizados. Todo esto, desgraciadamente, es lo poco que se ha hecho en la península en el sentido de mostrar al mundo la grandeza de su mística y su ascética, mientras no se ha escatimado esfuerzo para infligirnos la última frivolidad filosófica o el menor engendro sociológico de Europa. Obedeciendo al misterioso destino que preside la vida española desde hace más de un siglo, se ha desechado una vez más lo eterno de España por lo fugaz de cualquier parte. No sólo no se ha tratado de publicar alguno de aquellos ignorados manuscritos que denunció Menéndez y Pelayo sino que ni siquiera se ha intentado poner al alcance de los lectores modernos cualquiera de las muchas obras de este género que en otra época fueron famosas y que hoy apenas si trascienden el ámbito estrecho de los eruditos. Así vemos que continúan en tinieblas figuras de la excelsa magnitud de un Laredo, cuya *Subida del Monte Sión* es digna de San Juan de la Cruz, y una sor María de Agreda (reeditada en lo que va de siglo, pero mal), cuyas insondables visiones de la mística Ciudad de Dios hicieron decir a Leon Bloy que, a su lado, las del Dante eran casi pueriles.

El mismo rigor y la misma incomprensión ha sufrido durante siglos el gran trinitario Simón de Rojas. Muy conocido, y hasta popular, durante su fecunda vida y aún hasta fines del siglo XVII, este formidable espíritu de apóstol y de escritor cayó luego en un olvido cada vez más denso y profundo, no obstante haber sido beatificado por la Iglesia y figurar honrosamente citado en las historias de la literatura española. Nació Simón de Rojas en Valladolid por el año de 1552 y, muy joven, fué Lector de Artes y de Teología. En la Orden de la Santísima Trinidad, cuyo hábito vistió, escaló todos los cargos de responsabilidad hasta llegar al de provincial. Su influencia sobre Felipe III, de cuyos hijos fué

preceptor, y sobre Felipe IV, de cuya esposa fué director espiritual, se debió sobre todo a la resonancia que alcanzó en toda España su merecida fama de santidad y ciencia, que desde los más silenciosos conventos trinitarios subió a la Corte y allí prevaleció todos los años de su admirable vida, a pesar de los afanes de Simón de Rojas por humillarse y esconderse, defendiéndose de la popularidad y rehusando los honores que se le ofrecían. Usó el favor real únicamente en bien de los menesterosos, que fueron su preocupación constante, y para consolidar sus obras espirituales, algunas de las cuales, como por ejemplo la Congregación del Ave María, existen todavía en España. Como escritor Simón de Rojas tuvo firme prestigio entre sus contemporáneos, y prueba de ello es que Lope de Vega lo cita en estos significativos versos de *La Jerusalem conquistada*:

Oh tú, santo Varón, que ya recibes
Premios de Dios sin acabar la guerra,
Pues no sabemos si en la tierra vives
Los mismos que te hablamos en la tierra.
Viendo que tanto con la Virgen prives,
No piensan muchos que su intento yerra
Si te preguntan (pues que causa diste)
Cómo en la Trinidad Bernardo fuiste.

Con el generoso propósito de rescatar de la oscuridad a este gran español, una institución de nuestro país (los Cursos de Cultura Católica) ha publicado por primera vez en libro los escritos espirituales de Simón de Rojas. El volumen, que lleva por título *Tratado de la oración y sus grandezas*, consta de cuatro partes. Las tres primeras tratan de la naturaleza, virtudes y condiciones de la oración, y la cuarta (que trae a la memoria la majestad conceptual de San Agustín) reúne avisos para meditar provechosamente diversos misterios y fiestas litúrgicas. El estilo de Simón de Rojas, forjado sin duda en los más altos ejemplos de la latinidad, tiene esa belleza contenida y sobria de los mejores maestros del gran siglo. Sin la deliciosa familiaridad de Santa Teresa y sin la facundia deslumbrante de fray Luis de León, el modo retórico del vallisoletano se mantiene en un sabio equilibrio entre los transportes de la voluntad y el recato prudente de la inteligencia. No es precisamente un libro místico este noble *Tratado de la oración y sus grandezas* sino más bien una guía ascética desarrollada en

un sentido hasta cierto punto pedagógico. Pero el decoro con que suena y se viste su estupendo lenguaje y la gracia y armonía que trascienden de todo él dan a esta obra una categoría artística que acaso el autor no tuviese en cuenta al escribirla, y la levantan al rango de las más hermosas en su género. Asombra pensar que un libro de esta fuerza expresiva y de esta magistral destreza idiomática (para no hacer alusión sino a sus valores específicamente artísticos) haya permanecido tanto tiempo en la sombra, confundido con otros papeles quizá tan preclaros en un convento del Toboso, la aldea de los sueños cervantinos. Pero conforta saber que es de aquí, de Buenos Aires, el esfuerzo editorial que lo ha iluminado para siempre.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

MARUJA MALLO: *Lo popular en la plástica española a través de mi obra* (Editorial Losada). — Así titula Maruja Mallo unas páginas de autocrítica en que examina a la luz — "sol y sombra" — de la España eterna su producción de 1928 a 1936, sin entrar en la nueva orientación de su pintura. Es un librito atrayente, con 48 grabados y una lámina en color que ilustran doce años de proba e intensa labor de la artista gallega, desde los tiempos en que la encandilaban las Verbenas y pasando por una época "decadentista" hasta el primer período de contacto con la naturaleza esencial, acerca del cual se expresa la autora en los siguientes términos: "Esta manifestación destructora (la de 1932-1936) se transforma en el deseo de edificación, en el anhelo de llegar a construir de nuevo ese conjunto de cosas que responde a la materialidad y conciencia universal, así como en el ansia de hallar un nuevo lenguaje formal para representar la realidad con la que nos sintamos íntimamente solidarios".

Buena preparación es la lectura de esta obra breve para la muestra de sus obras más recientes que anuncia Maruja Mallo.

J. E. P.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset ha vuelto a Buenos Aires [1]. Lo que habría que preguntarse ahora es si ha estado jamás realmente ausente de aquí. Había dejado amigos, en esta ciudad, para quienes su recuerdo era una presencia.

No. Este tercer viaje de Ortega no es obra de la casualidad. No es sólo la casualidad quien elige nuestros amigos y sobre todo no es la casualidad quien nos los conserva.

Conocí a Ortega durante su primera estadía entre nosotros. Era también la primera vez que me encontraba frente a un pensador y a un escritor de esa rara calidad.

Yo no había publicado nada en esa época, claro está, y sólo era una muchacha tímida, semejante al Orlando de Virginia Woolf que, no creyendo en las divinidades comunes, transfiere a los grandes escritores su parte de credulidad.

Ortega y Gasset tuvo la bondad de citar, poco tiempo después, algunas líneas de una de mis cartas en su *Espectador*. Ese testimonio de amistad y estima que se me dirigía desde un mundo mágico y remoto (el mundo con el que yo soñaba como con el único apetecible) es de esas cosas que no se olvidan. No he olvidado.

Al desearle la bienvenida a Ortega, al escribir estas líneas en la redacción de SUR, rodeada por un montón de revistas (ya hemos llegado, con ésta, al número 60) en que mal que bien les he dado a los demás y a mí misma ocasión de decir lo que pensamos y sentimos, recuerdo lo mucho que ha influído ese gesto inicial de Ortega en lo poco que he podido hacer en mi vida. Lo recuerdo, y quiero agradecérselo una vez más en nombre de aquella muchacha ignorante y deslumbrada a quien él daba crédito, y en nombre de esta revista.

No, no es por una mera casualidad que Ortega vuelve a este país. Encuentra hoy en él algo de lo que sembró. Este país tiene defectos grandes pero, a imagen y semejanza de su tierra, no es ingrato. Ortega y Gasset no está aquí de visita, entre extraños. Está en su casa, entre amigos. En este momento en que parece tan cruelmente natural el dudar de todo, que no dude de esto.

V. O.

1 Invitado por la Asociación Amigos del Arte para dar un ciclo de conferencias que habrá de titularse *Seis lecciones sobre el hombre y la gente.*

LOS CRISTIANOS Y EL REPOSO

En *Questions de Conscience*, uno de sus libros más recientes, Jacques Maritain se ocupa de la acción católica, de su naturaleza y de su relación con la acción política.

La acción católica es acción y es católica, nos dice el filósofo de Meudon, pero es ante todo y sobre todo "contemplación". La Iglesia llama a sus hijos para que participen en su apostolado. Los laicos no pueden aceptar tal misión sino con cierto temor por la responsabilidad que implica. "Cuando la misión es una misión apostólica, el espíritu de la misión no puede ser sino el Espíritu mismo (...), la Persona misma del Amor, que procede del Padre y del Hijo".

"Este espíritu es evangélico por definición. No pide que las tropas sean adiestradas para ejecutar consignas (...) y para obrar, hablar, escribir o votar como lo prescribe el diario del partido; pide que se preparen las personas humanas para comprender en la intimidad de su conciencia la palabra de la Iglesia. Este espíritu no pide que los "buenos" exijan el fuego del cielo sobre los "malos", ni que tengan por prueba del amor de Dios el que se esté dispuesto a matar por Él, en vez de morir por Él. Pide que los servidores inútiles se acuerden de su Maestro, quien, habiendo enseñado que el mayor amor consistía en dar su vida por sus amigos, quiso morir también por sus enemigos para que fuesen sus amigos, porque los amaba".

"Lo que más gana a las almas no es una acción que se proponga ganar las almas, sino una acción que se proponga testimoniar por la verdad".

La contemplación y el amor de la acción católica la obligan a no ser una obra de proselitismo, sino de apostolado. "Lo que la anima es el amor, y no el instinto imperialista sublimado".

Cada nuevo libro de Maritain es una verdadera revolución en el terreno del espíritu. Se comprende que Mauriac, al leer estas cosas, se haya sentido estremecer. Sin embargo el novelista no eligió para ese *billet*, origen de tanto escándalo, alguna de las escandalosas frases ya citadas.

"Pío X declaró que el objeto alrededor del cual debe desplegarse principalmente la acción católica es la solución práctica de la cuestión social (...) No

olvidemos que lo social, lo económico y lo político dependen intrínsecamente de la ética y que en ese sentido interesan a la vida eterna. Santo Tomás enseña, y es la evidencia misma, que un mínimum de bienestar es *necesario* al desarrollo de la virtud; la miseria es diferente de la pobreza, la miseria es un infierno terrestre (...). La cuestión de la miseria es una cuestión de vida eterna para aquel que sufre la miseria y que, tratado como condenado, respira la condenación (...) y es una cuestión de vida eterna para aquel que contempla la miseria (...). *Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, no puede haber en ellas reposo para el cristiano*" [1].

Hermosa frase. El filósofo en cuyas palabras se trasparenta cada vez más la vida del espíritu, comienza diciéndonos que la acción es ante todo contemplación, pero... que tiene que ser acción, y acción social, y acción contra el embrutecimiento de las consignas partidarias, y acción contra la miseria.

Mauriac fué acusado de una nueva herejía: el "sobrenaturalismo". La palabra vino de Bélgica y encontró en Francia firmes sostenedores "realistas". Mauriac prefirió no contestar, y en *Temps Présent* escribe:

"Sólo habría un medio para evitar toda sospecha (de herejía): hacer una buena y sana política. Haced una buena política, y os dejarán en paz. ¿Qué es una buena política para estos señores? Es precisamente aquella que nos inspira cada día más repugnancia y más vergüenza. Cómo repercute en nosotros, y hasta qué profundidad, la palabra de Jacques Maritain: "Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, no debe haber en ellas reposo para el cristiano".

Claudel nos asombró un día con ciertos versos para los mártires de una guerra civil. Pero el genio puede hacerse perdonar mucho.

Claudel no leyó el libro de Maritain. Se limitó a leer el *billet* de Mauriac. Y en un artículo a tres columnas en *Le Figaro* atacó directa y violentamente a Maritain.

"Es imposible que Maritain, en cuanto filósofo, no haya oído hablar de lo que los escolásticos llaman *per se* y *per accidens*... Nuestro tomista va mucho más lejos que el mismo Rousseau cuyas huellas sigue. Es excesivo el pretender que el fin de una sociedad, por degradada que esté, sea la miseria

1 *Questions de Conscience*, págs. 157 a 173. Desclée de Brouwer. Les Iles.

de algunos de sus miembros (...). Es injusto, y yo me atreveré decir que es culpable, el atribuir a la sociedad todas esas responsabilidades. La miseria no es "el resultado normal del funcionamiento de las sociedades humanas" [1] todo lo que puede decirse es que ella es un signo doloroso de su forzosa imperfección.

"La sentencia de Maritain tiene una segunda cláusula no menos discutible que la premisa: *no hay reposo para un cristiano* (...). Eso significa ir mucho más lejos que el fundador de nuestra religión (...). Previamente se presenta el problema de nuestra competencia y de nuestro poder para distinguir primeramente el mal, para reemplazarlo luego por el bien: Nada impide que seamos a la vez cristianos e ignorantes (...). Es en el campo limitado de nuestros deberes de estado que debemos trabajar. Fuera de ese campo no hay competencia y por lo tanto no hay obligación.

"Personalmente creo que no hay cuestión social, sino cuestiones sociales. En vez de imaginar Jerusalén, debiéramos ocuparnos (...) de alcoholismo, prostitución, pornografía, familia, alojamiento, desocupación (...). Todo ello es del dominio de los técnicos. Por haber encarado esos problemas positivos, Suiza, Holanda, Bélgica y los tres países escandinavos han realizado tantos progresos. Nadie podría decir, por ejemplo, que en Dinamarca la "miseria es el resultado del funcionamiento normal de la sociedad".

Admiremos cómo el gran poeta católico admira los países más burgueses y protestantes de la tierra.

Maritain creyó que no debía contestarle sino con encíclicas pontificales:

"Claudel interpreta que para mí la miseria es el fin en virtud del cual la sociedad existe, y que a mis ojos "toda miseria humana es culpa de la sociedad". Yo no he dicho ni pensado ni en el uno ni el otro de esos dos absurdos. Me basta comprobar que desde el tiempo del *sweating-system* hasta el de la gran desocupación la actividad de las sociedades modernas (...) ha estado regularmente acompañada en muchos por el estado de miseria.

"En lo que concierne a las sociedades modernas, ¿qué dice la *Quadragesimo Anno?*: "el flagrante contraste entre un puñado de ricos y una multitud de indigentes prueba en nuestros días, a ojos del hombre de corazón, los graves desarreglos de las sociedades modernas. La existencia de una inmensa multitud

[1] Notemos cómo Claudel cita entre comillas falseando el texto de Maritain. Maritain no dice "humanas" sino "modernas".

de proletarios por un lado, y por otro de un pequeño número de ricos provistos de enormes recursos, prueba hasta la evidencia que las riquezas están mal repartidas.

"Claudel cree que no hay cuestión social, sino cuestiones sociales. Sería bueno que hiciera partícipes de sus luces a los soberanos pontífices, y que eche una ojeada sobre el reciente libro de Su Eminencia el Cardenal Verdier: *Problemas sociales, respuestas cristianas,* cuyo primer capítulo está consagrado a: "Lo que es la cuestión social".

"Hay algo más grave en su escrito. Claudel nos hace la apología muy hermosa y muy justa de los deberes de estado, "es decir de los deberes inmediatos a los que estamos rigurosamente obligados por nuestra posición en la sociedad". Pero nada nos dice de otro deber de estado, del estado de cristiano, al cual faltamos si frente a algunos males no nos decimos: ¿quién ha hecho de mí el guardián de mi hermano? Y el Evangelio recomienda también tener hambre y sed de justicia. Al movilizar a los laicos para que participen en el apostolado de la Iglesia, los papas nos piden que agreguemos algo a nuestros *deberes de estado.* El jocista [1] que después de su trabajo en la usina se consagra todavía al trabajo de propaganda y de organización no falta a sus deberes de estado, pero sabe que la caridad de Cristo pide además otra cosa. Pío XI, en la primera audiencia acordada al canónigo Cardijn, fundador de la J. O. C., le decía: "Al fin alguien que quiere conquistar no sólo una élite, sino la masa de la clase obrera. El mayor escándalo del siglo XIX es que la Iglesia haya perdido la clase obrera. Cada alma de obrero tiene un valor infinito, y hasta que no las hayamos traído a todas bajo la influencia de Cristo y de la Iglesia, nuestra misión no habrá terminado y vosotros no podréis reposar".

¡He aquí que el gran papa había empleado exactamente las mismas palabras que el filósofo! No puede haber descanso para el cristiano mientras quede una sola alma de obrero lejos de Cristo. No puede haber descanso mientras haya en la sociedad miseria que impida a las almas de los obreros el acercarse a Cristo.

Por eso es quizás de extrañar que ante la acusación de querer "revolucionar", hecha por Claudel, Maritain haya rehuído la palabra "revolución". La palabra ha sido empleada *à tort et à travers* y quizás eso explique el temor de su empleo.

1 Miembro de la *Jeunesse Ouvrière Chrétienne* (*J. O. C.*).

La palabra revolución no significa derramamiento criminal de sangre inocente. Péguy habló de la revolución que será moral, o no será. Y la revista *Esprit* se ha transformado en la vanguardia de la revolución espiritual.

El cristiano es aún más que un "movilizado" en estado permanente. *El cristiano es un revolucionario en estado permanente.* Mientras haya miseria. Mientras falte un alma por conquistar. Mientras haya pobres. Mientras tengamos pasiones. Y sabemos que no sólo hay hoy una miseria cuya existencia no se puede discutir y frente a la cual el cristiano debe ser revolucionario, sino que siempre tendremos pobres entre nosotros, y siempre tendremos pasiones. El cristiano, si es cristiano, es un revolucionario en estado permanente.

Claudel agregó comentarios a la carta anterior que Maritain dirigió al director de *Le Figaro.*

"Maritain me tira a la cabeza encíclicas del Papa (...). Pero Maritain no se limita a denunciar imperfecciones: declara que la sociedad *per se* es fundamentalmente responsable (...). Esta tesis es la de Rousseau y la de Marx. Maritain la repudia y dice que no ha querido decir lo que ha dicho. Lo felicito, pero lo ha dicho a pesar de todo. En una cuestión tan grave era conveniente que un filósofo se explicara con precisión.

Yo niego que la miseria sea un producto normal de la sociedad (...). Si el malestar existe es resultado de una deficiencia deplorable pero accidental, y no de un vicio orgánico.

Maritain, por otra parte, no nos dice qué es lo que debería reemplazar a la sociedad actual [1].

Si, por el contrario, la miseria no es el "resultado normal del funcionamiento de la sociedad" [2] sino el efecto de deficiencias locales, habrá que atacar esas deficiencias una por una (...). Es el método que han seguido los pequeños estados cuyos nombres citaba".

Los "comentarios" de Claudel seguían dando una interpretación deformante del pensamiento de Maritain. Éste creyó conveniente no continuar una polémica evidentemente estéril, pero sí insistir sobre su pensamiento. Envió entonces un artículo a *Temps Présent*: "Les points sur les i".

"Hay tres cosas, dice un proverbio chino, que el hombre prudente no debe

1 ¿Será Claudel el último francés en leer *Humanisme Intégral?*
2 Claudel sigue forzando el texto: ahora olvida "*modernas*".

hacer jamás: arar el agua de los ríos, instruir la tempestad, discutir con un hombre que no reconoce otra regla que su genio.

Tengo pues el propósito de no discutir con un interlocutor que en vez de disculparse por haber atribuído a las personas lo que no han dicho, se obstina deliberadamente en hacerles decir cosas que no dicen.

He dicho que las sociedades modernas segregan la miseria como un producto normal de su funcionamiento. No he dicho, lo que habría sido un absurdo, que tienen por *fin* producir la miseria.

No he dicho que *la sociedad*, la sociedad en cuanto tal, corrompe necesariamente los hombres.

No he dicho tampoco que toda sociedad que admite el principio de la propiedad privada (...) lleva necesariamente una parte de la sociedad a la servidumbre y produce por sí la miseria.

He hablado de las sociedades modernas (...). Es evidente que si su funcionamiento segrega por sí la miseria no es en virtud de lo que hay en ellas de conforme a la naturaleza de las cosas, sino en virtud de un *desorden orgánico* que las vicia.

¿Y cuál es el desorden orgánico que vicia las sociedades modernas? No es ni la propiedad privada, ni el provecho del capital (...). Consiste en que, como consecuencia de la ausencia de toda norma ética superior y en virtud de los principios del liberalismo económico (...) las sociedades modernas están animadas de un espíritu que hace del movimiento sin fin de las *riquezas a producir* su fin principal y que, desconociendo la naturaleza del contrato de sociedad(...), coloca prácticamente a la economía bajo el régimen de la *fecundidad del dinero.*

Lo que en nuestra época choca, sobre todo, no es tanto la concentración de riquezas como la acumulación de un enorme poder, de un poder económico sin límites en manos de un pequeño número de hombres (...) que distribuyen en cierta manera la sangre al organismo económico cuya vida tienen en sus manos (*Quadragesimo Anno*).

El espíritu capitalista reduce todo a la cantidad (...). El capitalismo es para sí mismo su propio fin, destruye el orden natural del mundo, suprime la religión y la ética.

No podemos ir al fondo de ninguno de *los* problemas sociales que pesan sobre nuestra civilización sin encontrar *la* cuestión social.

El que tenga sueño y quiera dormir, que duerma tapándose bien las orejas,

pues hay muchos gritos en el mundo que podrían molestar su descanso. Después de todo, los apóstoles durmieron en el monte de los Olivos, durante la agonía del Padre de los pobres. En realidad todos nosotros dormimos. ¿Por qué calumniar a los que procuran salir un poco de su adormecimiento? No molestarán a los otros mucho tiempo. Que se les deje velar una hora con los pobres y los humillados — esta "hora", durante la cual termina una vida humana, pasa bien rápido".

¿Podríamos caer en la tentación de agregar una sola sílaba a estas últimas palabras del cristiano?

En el mismo número de *Temps Présent* Maritain recibe una de las más íntimas satisfacciones. Se está hablando de revolucionar a la sociedad, de la miseria y del dinero. Están frente a frente un filósofo y un poeta. Inútil decir que los obreros cristianos (en Francia evidentemente) están con el filósofo. ¿Pero qué pensará un patrón cristiano?

"Quizás no sea inútil que Paul Claudel sepa que todos los patrones católicos sociales están de acuerdo con Jacques Maritain cuando dice: "Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, no puede haber en ellas reposo para el cristiano".

"Estoy seguro que no hay un solo patrón entre los 16.000 adherentes de la *Confederación francesa de las Profesiones* que desautorice este grito angustiado.

"Estamos persuadidos que nada podrá obtenerse sin reformas de estructura profundas.

"No habrá reposo para nosotros mientras a las soluciones marxistas no podamos oponer sino críticas fáciles e ironías" [1].

He ahí lo que piensan 16.000 patrones católicos de la polémica entre el filósofo y el poeta.

AUGUSTO J. DURELLI

[1] René Moreux: *Jacques Maritain a raison*, "Temps Présent", 14-VIII-39.

UNA IMPRENTA DIFERENTE

Muchos escritores españoles fieles a la República han pasado a América. Han llegado solitarios, o en compañía de las gentes más cercanas. Sólo Manuel Altolaguirre y Concha Méndez se han traído una imprenta. Se la han traído en la intención, que es bastante. Ya *La Verónica* — Verónica, ilustre impresora cristiana — hace en La Habana libros diferentes. Ya han salido de las prensas que manejan con sus manos los poetas-obreros volúmenes hermanos, en el parecido externo y en el otro, de los que por años nos fueron dando en Madrid, en Londres y en París. Igual pulcritud ingenua, congénita; la misma alusión inteligente de negros y rojos en las portadas fieles a la mejor artesanía española. Ya tienen los escritores americanos, y los españoles que han venido a América sin intención impresora, editor de ciencia y de entendimiento, editor perfecto.

La Verónica, imprenta habanera de Manuel Altolaguirre, ha comenzado la vida con un homenaje propio de su éxodo; un homenaje a los poetas muertos en la guerra: Garcilaso, Jorge Manrique, José Martí, Federico García Lorca. En tomos de minúscula intimidad, han aparecido selecciones de los cantores combatientes. Y Altolaguirre y Concha Méndez hallaron que José Martí, el libertador cubano, poeta de la vida, dice: "Mi verso es un ciervo herido..." Y que Don Luis de Góngora, poeta del verso, escribe: "La vida es un ciervo herido, que las flechas le dan alas..." Y pusieron a los libros de los poetas heroicos *Colección de el ciervo herido*. Andan ya por muchas manos los bellos libros del homenaje.

Es noticia considerable para la gente de letras de nuestras tierras ésta de que la imprenta más ilustre de los últimos tiempos españoles haya pasado el mar. Los hierros le lucen nuevos, emprendedores, impetuosos: virtudes de resurrección. Porque ésta que ahora se llama *Verónica* nació en Málaga con el nombre de *Sur* y dió a la vida aquel *Litoral* fresco y aséptico de nuestra juventud lírica; emigró a París para hacer *Poesía;* volvió a España y en Madrid —Viriato 74— hizo la revista y las ediciones *Héroe* que señalaron un momento intenso y alterado. En Londres, dió el *1616* de recordación singular y ediciones

que se hombrearon bien con las inglesas excepcionales. En Madrid de nuevo, *Caballo Verde*, donde Pablo Neruda corrió los inicios de su ancho modo actual. La guerra aventó los hierros de la imprenta y el impresor, los impresores, fueron llamados al servicio de la cultura urgida de la trinchera. *Hora de España* y *Nuevas Ediciones Héroe* fueron aplicación de las maestrías cuajadas sobre carne propia. Mientras hubo balas, Altolaguirre fué impresor sin imprenta de la República.

Ahora emprende la máquina ilustre, trashumante de nombres y espacios, su aventura americana. Nuestros poetas, nuestros ensayistas, nuestros narradores, los que conocen lo más granado de novedad trascendente de la última España como salido de esta imprenta, deben saberlo.

JUAN MARINELLO

Crítica de Arte

EXPOSICIÓN DE PINTURA FRANCESA [1]

En lo que va de nuestro siglo se ha acelerado el ritmo de las oscilaciones estéticas y hemos asistido a la aparición y la coexistencia — a veces al crepúsculo — de una serie de escuelas afines o contradictorias, todas ellas de singular importancia para el arte del presente. De pretenderse ofrecer un panorama claro y concluyente de esa agitada evolución de cuatro decenios, se habría precisado por lo menos todo el espacio que los organizadores de la muestra francesa destinaron, en el piso alto del Museo Nacional de Bellas Artes, a la pintura del siglo XIX. Hubiera sido plausible hacerlo así, porque es indudable que, en el orden pictórico, "lo que vendrá" depende mucho más de lo que se ha hecho en estos últimos

[1] Véase la primera parte de esta crónica en SUR, Nº 59.

cuarenta años que de lo que se hizo en el período que va desde David hasta Renoir. Pero se prefirió dar mayor amplitud al arte ya consagrado y a los artistas ya seleccionados por los años. En cuanto a las producciones contemporáneas, se apiñaron en unas cuantas salitas de la planta baja donde, por cierto, no hacían tan buena figura como era de desear y defraudaron, en general, a un público ávido de informarse acerca de esa pintura que sigue siendo una gran novedad en nuestro país, si no para una minoría de entendidos y viajeros, por lo menos para las tres cuartas partes de los 120.000 visitantes de la muestra. La falta de sitio obligó a omitir unos cuantos "eslabones" indispensables para la inteligencia del proceso evolutivo del arte actual y, por desventura, no se agruparon las obras por orden de autores y de escuelas sino que se dispersaron, de acuerdo con ciertas necesidades de la distribución, en forma muy reñida con el sentido expositivo y didáctico que presidió el arreglo de la sección que podríamos llamar retrospectiva. No nos cabe la menor duda de que si Picasso, Gromaire o Dufresne hubiesen ocupado cada cual un amplio lienzo de pared — tal como ocurría con Corot o con Manet — habrían sido más apreciados. No se puede juzgar a los artistas nuevos, con los cuales se está menos familiarizado que con los antiguos, por una sola tela, o por dos o tres cuadros de épocas distintas. Picasso, por ejemplo, representado por *La mujer de las crenchas* (manera "azul", 1904), *Los tres músicos* (cubismo lírico, 1921) y *La respuesta* (reacción clasicista, 1923) aparecía como un improvisador sin constancia ni consistencia. Y su telón de *Parade*, añadido a última hora al conjunto, deslucido por la falta de la indispensable "luz de teatro" sin la cual muere toda pintura escenográfica, agregaba un motivo más de desconcierto para quienes ignoran la curva de evolución de ese artista.

En resumidas cuentas: todo lo expuesto en la planta alta constituía un "museo" razonado del siglo XIX, mientras que el conjunto del piso bajo era una especie de "Salón de los Independientes", con las invariables deficiencias de tales mosaicos de individualidades fraccionadas.

No implica esta observación que careciera la muestra contemporánea de piezas de real valor, mas estamos convencidos de que podía y debía hacerse un esfuerzo más orgánico para divulgar el arte moderno y colocarlo en su justo nivel. En realidad se le ha sacrificado, prestándosele un pobre servicio, pues en esa parte de la exposición encontraron más armas los adversarios que los partidarios de la pintura nueva.

Yendo con método de un cuadro a otro — para lo cual a veces era preciso pasar de esta sala a aquella, en una visita a salto de mata — vimos en los bajos del Museo, como nexo entre los dos siglos tan dispares, a Bonnard y Vuillard. Bonnard constituye la extrema prolongación del impresionismo independiente en un momento en que asoma ya el impresionismo "académico" de Besnard. Las *Épocas de la vida* del primero, ese precioso seudo-tríptico (es en realidad una composición única arbitrariamente dividida en tres partes) de un "carrefour" de París pertenece enteramente al espíritu de los aspectos urbanos tantas veces ilustrados por Monet, Pissarro y sus coetáneos, a la vez que lanza una tímida proyección hacia el arte ulterior de Maurice Utrillo. *La Toilette* y *Flores,* pinturas espontáneas y sin trascendencia, sitúan al "intimista", que no pasa de ser un impresionista dedicado a los interiores, en vez del paisaje. Lo más significativo de Bonnard era, sin duda, la magnífica *Terraza,* lienzo de vastas dimensiones, color intenso y armonioso y formas simples, con una intensa sugestión de amable naturaleza, en que el artista realizó la hazaña de dar proporciones monumentales al "plein air" generalmente reducido al tamaño de una viñeta. Al abrir una enorme ventana sobre los espacios libres, Bonnard alcanza allí una grandeza que le aproxima a Gauguin, lo cual no es poco decir.

Bernard representado por un lienzo pequeño en todo sentido, su *Mujer de casta viajando,* impresión exótica de la India, es el impresionista "para el príncipe", que ha tomado las formas exteriores de aquella escuela y las agrega a un conglomerado de gastadas convenciones.

Vuillard, en cambio, es un artista que, dentro de la misma tendencia, ha encontrado una veta riquísima, ha lanzado un puente entre el analitismo occidental y el decorativismo oriental y acaso no tenga empuje suficiente para llevar su descubrimiento original a las últimas conclusiones. Sea por lo que fuere, su pintura representa un momento arrobador del arte, aquel en que la pirotécnia colorista alcanza su equilibrio con un sentido del estilo a lo japonés. M. René Huyghe asoció en una conferencia a Proust y Vermeer. Era una asociación lógica, y acaso fácil, puesto que el holandés aparece a cada paso en las páginas dedicadas a Swan. Nosotros vemos un vínculo mucho más íntimo y estrecho entre el autor de *A la recherche du temps perdu* y este Vuillard sonoro y grave de las *Escenas de interior,* pardas, granates y cremas, que parecen recuerdos insomnes del boudoir y la "catleya" de Odette.

Un buen óleo de Signac, la *Vista de La Rochela,* y sus exquisitas acuarelas

— estudios para obras futuras —, especialmente el *Puente de Gien*, señalaban en la muestra otra de las derivaciones del luminismo, la neoimpresionista, en la estela de Seurat, con su factura más libre de grandes toques cuadrados y su fuerte estructura constructiva, firme en el dibujo, cambiante en el color como un traje de luces.

Lucien Simon, Maurice Denis, Forain, humildemente representados (no tanto este último como aquellos) ilustraban diversas modalidades de las adaptaciones finiseculares de maneras nuevas a fines clásicos. Y luego se entraba de lleno en el popular y tumultuoso grupo de los "fauves" que ofreció la primera resistencia seria a los epígonos impresionistas, como una proyección del expresionismo de Van Gogh. Si los comienzos de todos ellos — Van Dongen, Matisse, Dufresne, Dufy, Marquet, Rouault, Utrillo — fueron similares ¡qué disparidad en las metas alcanzadas! ¡qué desgarramiento de las teorías iniciales como consecuencia del tironeo de los temperamentos contrastados! El más feroz de todos, el oso holandés de barba hirsuta, muy pronto aprendió a bailar dócilmente al compás de un vals mundano. Patentiza su claudicación el detestable *Retrato de Madame Desjardins*. Marquet, menos audaz pero más consecuente desde el comienzo, supo afinarse y ahondar sin salir de la senda trazada, y en el nevado paisaje de *Nuestra Señora de París* enlaza sin esfuerzo sus acentos nuevos a los acentos eternos de la pintura francesa. Matisse, gran dibujante, a veces distraído, gran colorista siempre, certero en el manejo del poder expresivo de un tono vigoroso, está sólidamente instalado en su baluarte orientalista y es sin duda una de las figuras más inconmovibles del arte contemporáneo. Su *Odalisca azul*, de 1928, que pertenece al Museo de Bellas Artes de la Ciudad de París, constituye uno de los más significativos ejemplos de su infalibilidad armónica. Dufy le sigue paso a paso, pero se singulariza por su fantasía, por su imaginación más viva y desatada. Hay en sus obras una curiosa sumisión a lo real, espontáneamente captado, a la vez que una ruptura con el "buen sentido". *La verja de Versalles* participa de la ingenuidad de las estampas de Epinal y de la más decadentista viveza: equilibrismo entre la miniatura gótica y el realismo mágico. Maurice Utrillo, en el otro extremo del mismo grupo, es realmente un "cœur simple" y, como tal, siente las cosas a lo hondo. Su Montmartre es un Montmartre eterno, esencial, despojado de contingencias accidentales. Su *Rue d'Orchamps* (1924), por ejemplo, es la síntesis de ese rincón de París en todas las horas del día y todas las estaciones del año. Aparente-

mente desprovisto de luz y de color y de atmósfera, en su tonalidad parda y su rígido dibujo de contornos negros, por poco que se contemple tórnase cambiante y poliforme como si jugaran en él movientes reflejos. Comparado con *La Calle Chappe*, más colorida y técnicamente rica, de su primer estilo, el cuadro más reciente proclama un ascenso hacia una noble y despojada pureza.

Dufresne, ya fallecido, y Rouault son los que se conservaron, de todos, más cerca del "fauvisme" original. El segundo, inconfundible en su vigor y su protesta a la manera de Daumier, con sus negros, sus bermellones feroces y la rabiosa deformación satírica de su dibujo, estaba medianamente representado por el sombrío *Tribunal* (¡un mundo entre la sonriente ironía de Forain y esas vehementes requisitorias plebeyas de Rouault!) y por dos acuarelas, entre ellas la magnífica *Mujer de las medias rojas*, pero de todos modos se habrá dejado de apreciar el enorme talento de ese cristiano primitivo, de ese elocuente apóstol popular.

En cuanto a Dufresne, veíanse de él en la exposición francesa dos obras altamente significativas, la *Natividad* de 1908, en que ya se advierte una incidencia del cubismo en la manera "fauve", por la organización geométrica de las formas, y *El Rapto de las Sabinas*, de 1936, una de sus últimas obras, en que se vuelca todo el lirismo y la rica imaginación de formas y colores de ese pintor singularmente personal y dotado, aferrado a la tierra y, a la vez, arrastrado siempre en alas de una viril poesía.

Valloton, Marie Laurencin, Modigliani, el Aduanero Rousseau se inscriben al margen de todos los movimientos, con valores por cierto desiguales. Valloton no pasa de cierto decorativismo por el cual se relaciona con Denis, aunque sin la sensibilidad delicada de éste. Marie Laurencin, siempre amable en su intrascendencia, femenina como una señorita victoriana, sigue haciendo sus versitos color de rosa que a nadie ofenden, a nadie exaltan. Modigliani es otra cosa, y su pintura de la Colección Crespo aparece como una de sus manifestaciones más características y bellas. Un "fauve" enamorado de Botticelli, un pintor muy de su tiempo, con todos los fermentos dramáticos de su siglo, pero que acarrea en su sangre la memoria imborrable del Quattrocento florentino ¿no es éste un caso digno de interés y apasionado estudio? Ahí tuvimos a la vista su *Mujer descansando*, sinuosa y dorada, estremecida y estática, recortándose sobre púrpura sombría, idealización de una patética sensualidad reprimida. Bastaba esa pieza para reconocer a un maestro.

No ocurrió lo mismo con el tierno Aduanero, mediocre cuando se ceñía a la realidad del *Parque Montsouris* o del *Sena*, enorme cuando soñaba con el trópico. Sin duda, esos dos cuadritos suyos que figuraban en la muestra pasaron desapercibidos. En cambio, habrían causado sensación *La Encantadora de Serpientes* o la *Gitana dormida* que, por razones técnicas, no pudieron ser mostradas al público argentino.

Picasso, Braque, Lhote, La Fresnaye, Delaunay e, indirectamente, el joven Beaudin y Henri de Waroquier, asumían la representación del movimiento cubista, que sucedió a los "fauves", conquistando a algunos de ellos, como Derain, que salieron transformados de aquella experiencia.

El español fué el inspirador, el animador de la tendencia. Es, más que otra cosa, un inventor eternamente inquieto, de una asombrosa fecundidad. Hace hijos pero no suele criarlos. En todo el curso de su carrera ha estado abriendo nuevos horizontes para que otros los exploren y exploten, si su propio vigor se lo permite. Se parece, en cierto modo, a Leonardo. También ideaba Vinci cosas, sobre el papel: máquinas de guerra y máquinas submarinas y máquinas de volar, que luego hacía ensayar por otros. Y los otros solían romperse los huesos mientras el artista genial ya estaba inventando algo nuevo. Así, Picasso lanzó simientes que a veces prosperaron y a veces no, desde que abandonó la senda de Toulouse-Lautrec para pintar las *Demoiselles d'Avignon*, encerrarse luego en el cubismo abstracto, saltar por la ventana al cubismo lírico, y hacer una incursión en el clasicismo a lo Ingres, hasta que se embarcó en un superrealismo "sui generis" del cual es la máxima expresión su panel de *Guernica*. Bajo ninguno de los rasgos de su versátil personalidad aparecía en su mejor aspecto en la exposición reciente. A tal extremo que Braque, con dos pequeños bodegones, *Las Anémonas* (1925) y *Naturaleza muerta sobre mantel azul* (1938) le superaba ampliamente. Cierto es que Braque se ha ceñido a una modalidad invariable y ha logrado, sin excesivo fanatismo, extraer del cubismo las más hermosas flores que puede dar. Sus dos telas de la muestra eran un oasis de gravedad, alto propósito y cordura; eran una lección maestra de arte perdurable (y muy cerca de Chardin, por cierto) en medio de una serie de manifestaciones de caótica incertidumbre.

La Fresnaye, prematuramente desaparecido, insinuaba, poco antes de su trágica muerte, una interesante evolución hacia una pintura más humanizada después de la disciplina a que se sometiera en los tiempos heroicos de *La Con-*

quista del aire y del gótico *Retrato de Gompert.* Conmovedor, el autorretrato que trazó en su lecho de enfermo, en sus últimas horas.

Lhote, más importante como teórico iluminado que como realizador, nos ofreció una *Vista de Venecia,* significativa de su tendencia a la metáfora plástica. Waroquier, que inició su carrera con magníficas promesas, parece estancado e indeciso después del primer empuje. Baudin, con su *Escultor,* señala el difícil paso entre el cubismo y el superrealismo, inscribiéndose en cierto modo más bien en un futurismo a la italiana, con rastros de influjo de Odilon Redon.

Quien, a nuestro entender, aplicó más certeramente las nociones básicas del cubismo a las aspiraciones humanistas y sensuales de las postguerra es el franco-flamenco Gromaire, un artista colocado por factores raciales en la encrucijada del racionalismo latino y del romanticismo germánico. Vemos en sus obras una magnífica combinación de los dos movimientos más fuertes del siglo: la tendencia cubista y el patético expresionismo. Una sola obra se presentaba de Gromaire, *La Mujer de los Cacharros,* transcripción de un personaje real de la campiña a un plano elevado de clara e inmaculada plasticidad.

Después de la guerra rompieron, en cambio, con las "cosas mentales" una serie de pintores de innegable valor. Quien más, quien menos, Derain, Vlaminck (—su *Paisaje Nevado* era una de las piezas más intensas del conjunto—) Segonzac, Friesz, La Patelliere se lanzaron hacia un arte sensual, en una sublevación característica contra la fría razón, que se expresó particularmente en pastas generosas y brillantes, en libérrima y despreocupada pincelada. El más retenido por el antiguo freno cubista es Derain, que en su admirable y monocroma *Mesa de cocina* —ceñida a la trasposición en tono menor de las más diversas "calidades" y a un vigoroso dibujo de contornos— parece dar un paso hacia la tradición de Le Nain, y, en la suntuosa *Gitana,* destacándose, ardiente, sobre un fondo muy negro, nos sorprende por un realismo austero que le asocia en cierto modo con los más actuales neohumanistas. Segonzac, otro pintorazo, está en el ala opuesta del movimiento, con su desbordante materialismo rubensiano. En su paisaje espeso, macizo, voluminoso, se advierte, sin embargo, lo que el cubismo ha impuesto, en punto a noción de la estructura plástica, a los pintores que aparentemente más se alejan de esa tendencia cerebral. En cuanto a Friesz, se mantiene en su nota "fauve", con sus figuras barrosas, en grises, olivas y pardos rabiosamente plasmadas en el lienzo.

Y llegamos por fin al grupo de los pintores más recientes que, por cierto,

es el menos significativo. Parece como aplastado por un ambiente poco propicio a las cosas del espíritu. Tímido e indeciso, reniega de todo lo inmediatamente anterior sin traer cosa nueva y audaz, más bien inclinado a desandar camino, y desemboca en lo trivial o en el artificio decadentista. Revolotea aquí y allá, liba en muchos cálices y produce una miel insípida. Superrealismo, pintura onírica, por un lado —vago naturalismo sin medula por otro. Aquí, Lurçat, evadido de un cubismo decorativista, da forma a ensoñaciones imprecisas; Pierre Roy, fantasista amable y sin hermetismo, acumula artefactos de prestidigitador en telas pintadas con frialdad de miniaturista; Tanguy, "pintor metafísico", coloca ectoplasmas en los espacios infinitos; Gruber, temperamento patético, evoca pesadillas baudelairianas de pésimo gusto y plástica dudosa, encandilado por un Goya que no llega a comprender; Clot por fin —acaso el más dotado, y por lo menos el que más intensamente se recuerda (su *Tentación de San Antonio* arrastra sugestiones de primitivo flamenco) se coloca en equilibrio inestable entre el "realismo mágico" y la pintura más tradicional. Allá, el veterano Oudot, que reanuda el vínculo con Corot; Marchand, autor de un *Desnudo* plantado en medio de la campiña provenzal, vacila entre la poesía y la prosa; Chapelain-Midy, habilísimo, pone su inquietante habilidad al servicio del menor esfuerzo; Poncelet, Walch, Fautrier, Lestrille, Tal Coat, artistas externos, sin grandes impulsos, a veces sin verdadera originalidad, pecan a menudo por mero decorativismo.

No cabe duda: el año 1940 (y ya tenemos la guerra que marca la vuelta de la hoja) se anuncia como límite de una especie de "fin de siglo" en que aún sobreviven las grandes figuras del 1900 pero no surgen nuevas para reemplazarlas y marchar adelante. Un manifiesto agotamiento se advierte en Francia después de la fecunda agitación y la multiplicidad de los experimentos cuyos frutos ningún hombre nuevo parece saber aprovechar. ¿Quién sabe si esos valores sólidos no se están formando aquí, en nuestra América, que todo señala para un magnífico porvenir?

En nuestro ambiente ocurre una cosa extraña. Aparte de la época en que se realiza el Salón Nacional o de los contados días en que los artistas argentinos

efectúan, de tanto en tanto, exposiciones individuales, es como si tales artistas no existieran. Nadie los recuerda, nadie se pregunta lo que hacen, nadie se inquieta de que tengan los medios de vivir hasta su próxima aparición en público. Todo esfuerzo que tienda a facilitar su actividad constante, y a menudo dolorosa, a dar al "amateur" (y al comprador eventual) la conciencia neta de que los artistas viven y obran todos los días y todos los meses del año, merece decidido apoyo, y en ese sentido es interesante la iniciativa de D. Eugenio C. Galati, que se ha propuesto organizar una especie de feria permanente de arte y ha dado el primer paso en esa senda con una muestra colectiva, en la Galería Rose Marie, reuniendo un conjunto por cierto significativo. Entre cuarenta y siete obras muy bien seleccionadas notamos particularmente allí la vigorosa y dramática cabeza de la *Madre de Arrabal*, de Rogelio Yrurtia, un *Desnudo* delicado, en cera perdida, de G. Leguizamón Pondal, una *Composición* de dos bien equilibradas figuras de E. Soto Avendaño, como participación de los escultores y, en la sección pintura, la excelente *Niña Rubia* de Ernesto Scotti, una *Naturaleza Muerta*, ya antigua, admirablemente construída y sólida, de Emilio Centurión, una pequeña "academia" en dos tonos de Alfredo Guido, dos notas muy personales de ese Renoir agrio que es Gustavo Cochet, un *Paisaje* plástico y franco de Horacio Butler, dos bocetos rubios de G. Martínez Solimán y un excelente bodegón, sincero y auténtico, de Roberto Rossi. Acuarelas de Antonio Berni, bien estructuradas y sentidas, son una anticipación de una serie de paisajes anunciada por este pintor. El *Perfil de Niña*, de R. Gómez Cornet, renueva la impresión honda que siempre fluye de sus obras de gran emotivo. En el grabado se destacan Lino E. Spilimbergo, con una monocopia sombría, que representa a una lúbrica africana, y, en marcado contraste, Raúl Veroni con un *Bambino* de finura clásica.

Interesa también una cerámica de José de Bikandi sobre un tema marítimo.

EXPOSICIÓN DE JORGE BERISTAYN

Sean cuales fueren las reservas que motive su arte, Jorge Beristayn se destaca siempre de los ejecutantes pedestres y adocenados que abundan en nuestro medio, por su modo de expresión propio y su indiferencia hacia lo convencional.

Aunque sólo fuera por su aspiración al vigor y su exuberante sensualidad de colorista, merecería lugar aparte en la producción nacional. Se necesita una real independencia para hacer ese retrato del *Ministro de Dinamarca* que se recorta en su fantástico uniforme rojo y oro sobre un fondo verde botella. Lo más fácil es inclinarse al retrato mundano; lo más plausible, no apartarse por meras consideraciones sociales de lo intrínsecamente "pintor". En cuanto a los paisajes, y sobre todo las marinas, Beristayn revela un ojo de una sensibilidad extrema y, con recursos más actuales, evoca las playas con la gracia y la finura de un Boudin. Lástima que trate de conseguir del oficio de la espátula algo que ésta no puede dar: el vigor con hondura. La espátula es para lo espontáneo y lo externo. Otras técnicas enriquecerían la producción —ya algo monótona— de este artista.

JULIO E. PAYRÓ

Cinematógrafo

"PRISIONEROS DE LA TIERRA"

Dos personajes unen sus esfuerzos inútiles para que *Prisioneros de la Tierra* sea intolerable, invisible. Uno: el tambaleante y monumental doctor Else, precursor ignorado del ultraísmo ("La tierra colorada aprisiona a los hombres"... "Hace veinticinco años que estoy envuelto en un sudario húmedo"...) que pasea de una punta a otra del film su vasta cara de león o de rey de baraja y logra ser no menos abrumador que el temido Emil Jannings. Otro: cierto *amateur* de enciclopedias, que agita con alegre tenacidad su brazo mutilado y repite cíclicamente: "Soy un hombre feliz. ¿Qué me falta para ser feliz?" o "¿No sabe Vd. que amar es comprender?"

A pesar de esos *conversationists*, es bueno y aun muy bueno este film. Es

superior ¡menguada gloria! a cuantos ha engendrado (y aplaudido) nuestra resignada república. Es también superior a la mayoría de los que últimamente nos han enviado California y París. Rasgo increíble y cierto: no hay una escena cómica en el decurso de este film ejemplar. Ignorar a Sandrini, eludir victoriosamente a Pepe Arias, disuadir a Catita, son tres formas de la felicidad que nuestros directores no habían acometido hasta ahora. Claro está que esos méritos negativos no son los únicos.

Hay un vigoroso argumento, no contaminado de cursilería virginal norteamericana (en la primera escena sale de un burdel el protagonista) ni de esa otra neocursilería que en todo film francés muestra una pareja de amantes momentáneos y epigramáticos. Hay un personaje, el malvado Koerner (con su inviolada soledad central, su disco de Beethoven y su resignación a ser cruel y a ser aborrecido) que ciertamente es más verdadero que el héroe. Yo he sido ¿cuál de mis amigos lo ignora? cliente insaciable y fervoroso de Milton Sills, de Kohler y de Bancroft; no recuerdo, en tanta sanguinaria película, una escena más fuerte que la penúltima de *Prisioneros de la Tierra*, en que un hombre es arreado a latigazos hasta un río final. Ese hombre es valeroso, ese hombre es soberbio, ese hombre es más alto que el otro... En escenas análogas de otros films, el ejercicio de la brutalidad queda a cargo de los personajes brutales; en *Prisioneros de la Tierra* está a cargo del héroe y es casi intolerable de eficaz. (Si no me engaño, esa atribución magnífica es obra de Ulyses Petit de Murat; los dos actores la ejecutan muy bien).

Otro memorable momento es aquel en que uno de los *capangas*, desde el caballo, mata al *mensú* de un solo balazo lacónico y ni siquiera vuelve la cabeza para verlo caer; otra, la fuga apasionada de la mujer por la temblorosa noche del monte.

Las fotografías, admirables.

J. L. B.

CALENDARIO

El nacional-socialismo: postrer etapa del romanticismo alemán. — Nuestro colaborador Denis de Rougemont, en el último número de la *Revue de Paris* aparecido con anterioridad a la guerra, esboza una interpretación extraordinariamente aguda del nacional-socialismo. Rougemont lo considera como la forma política y colectiva que en los momentos actuales asume el romanticismo alemán del siglo pasado, y basa sus pertinentes reflexiones en una obra de Albert Beguin titulada *El alma romántica y el sueño*. Es un ensayo largo y prolijo, cuya importancia no escapará a los lectores de Sur. Al concederle un espacio mayor del que generalmente ocupan las transcripciones de *Calendario*, hemos querido resumirlo de la manera más completa posible.

"*La conciencia clara es la primera conquista espiritual de los hombres angustiados por el misterio de una naturaleza hostil y movediza. La razón distingue las cosas, las detiene y las identifica. Surge como una liberación, como una victoria sobre el caos pánico. Pero esta victoria, cuando es demasiado completa, cuando ha llegado a ser demasiado antigua y fácil, crea en el hombre un sentimiento de decepción y de indecible empobrecimiento. El mundo racional deja en nosotros muchas preguntas sin respuesta y muchas hambres ancestrales permanecen en él sin satisfacerse. De allí nace una nueva angustia, una atracción comparable al vértigo hacia esas regiones del ser obscuro que el buen sentido y la filosofía pretenden proscribir de la humanidad. Y en tanto que el hombre primitivo, en medio de su pánico, se vuelve hacia la razón liberadora, el hombre escéptico, al terminar las épocas empobrecidas de misterio, se echa con pasión en los aspectos nocturnos de su naturaleza. Así nace el romanticismo alemán después del Siglo de las Luces. Así renace nuestra sed elemental y mística después de un siglo de ciencia positiva*".

¿Será cierto que las revelaciones de la noche y el sueño no aclaran nuestro día? ¿Será cierto que la pasión, la angustia y la locura son menos reales que nuestras sabidurías tiránicas? Sueño es mentira, *decretaba la razón. Pero el sueño nos propone paraísos y terrores de una intensidad seductora. Creer que tan sólo revela nuestros secretos sería caer en el psicoanálisis. Creer que* también *revela un mundo superior, es entrar en la vía mística. Los románticos están más cerca de los místicos que de los psicoanalistas. Y cuando se preguntan si el sueño es conocimiento o ilusión, y si es el* Otro *o el yo obscuro y su vacío lo que se alcanza*

en el fondo de lo inconsciente, formulan el problema crucial que se les plantea a todos los místicos.

La experiencia mística o romántica presupone la existencia de un centro, *de un* dominio *divino del alma* (*el* Ungrund *de Jakob Boehme*) *del cual nada podemos decir y que, sin embargo, es la fuente de todo lo que se dice. Es lo Inefable, lo Invencible, el reino del Silencio absoluto. Y no obstante — he aquí la paradoja — los grandes místicos, y en pos de ellos los románticos, se pasan la vida tratando de expresarlo y describirlo, tratando de cercarlo con imágenes que, no siendo suficientes, deben multiplicarse indefinidamente. Digámoslo sin la menor irreverencia: nadie es más verboso que un místico, a no ser un romántico alemán. Uno y otro tienen la ambición de comunicar por escrito lo que no cesan de definir como Indecible. "¿Dónde encontrar palabras?" gimen. El lamento es sincero y trágico. Pero cuántas palabras les será necesario acumular para decir que nada puede decirse...*

No obstante su impotencia para traducir lo inconsciente o lo indecible, los románticos y los místicos están persuadidos de haber oído algo. *"Creo — escribe Ritter — haber hecho un descubrimiento importante: el de una* conciencia pasiva de lo involuntario". *Y, sobre esta base, la segunda generación romántica va a formular su famosa teoría de la inspiración: el poeta y el soñador son pasivos; escuchan el lenguaje de una voz interna, y a la vez ajena a ellos, que surge de las profundidades de sus almas, sin que puedan hacer otra cosa que acatar el eco de un discurso divino. El sentimiento de destierro que hallamos en el origen de las experiencias místicas más diversas, ¿en dónde nace? ¿En el recuerdo de qué patria feliz y perdida? Si está permitido extraer del estudio de las enfermedades una nueva visión de las estructuras del hombre, quizá podamos pedir a las biografías de los románticos algunas luces sobre las místicas propiamente dichas, o al menos sobre las causas* humanas *del sentimiento de destierro que las alentó. Pues bien: en todo romántico existe una* herida, *herida tan cruel e íntima que la conciencia evita su recuerdo, de modo que la causa secreta del dolor viene a confundirse con el hecho de vivir en general. De ahí la idea de que* tan sólo por la existencia misma puede expiarse la falta que no se ha cometido. *Por y a través de ese yo detestado, la conciencia percibe la realidad exterior. Y detestarse equivale a detestar el mundo. La incapacidad de aceptar el mundo implica una incapacidad de aceptarse a sí mismo, a causa de la herida que se trata de olvidar, y a favor de este olvido, de esta negativa, el yo pierde poco a poco su realidad. He aquí el origen de un sentimiento muy frecuente en la mayoría de los románticos: la falta de certeza de su propia personalidad. Tratan de buscarla en el pasado, en el recuerdo, pero de inmediato dan marcha atrás porque se trata de un recuerdo prohibido, demasiado doloroso para revivirse. ¿Cómo salir del círculo? ¿Cómo curar? El sueño, el descenso al fondo de lo inconsciente representa para los románticos el camino de un retorno al mundo perdido, a la "verdadera vida" que está "más allá", como dice Rimbaud. Vida de expansión indefinida en el universo o en la divinidad. Vida de inocencia reencontrada: allí el yo se pierde, y también pierde el sentimiento de su culpabilidad.*

Refugiarse en lo Indecible es mantener un equívoco frecuentemente interesado. Expresarse, por el contrario, es siempre confesarse, *tenerse por responsable de sus pensamientos*

y de sus actos. Pero esto, justamente, repugna a los románticos. De ahí su fuga hacia un mundo en donde nada puede decirse sino por alusiones, metáforas, poemas "inspirados". En la paradójica expresión de lo Indecible encontramos la explicación de un hecho conocido por todos los historiadores: la incapacidad de los románticos para darnos obras acabadas. En efecto, el movimiento de estos poetas es inverso al del Creador. Crear es dar forma, y ellos quisieran negar las formas; es limitar, y ellos aspiran a la expansión indefinida; es definir por la palabra y el acto, y ellos buscan el silencio pasivo. Su obra guarda semejanza con la contradicción vital de la cual sufren y de donde nace su deseo angustiado de perder su yo personal.

Precisemos el sentido de la palabra persona. *La persona es en nosotros el ser espiritual, responsable de una vocación, y que en ella encuentra su unidad, a despecho de las contradicciones que puede sobrellevar el individuo. El individuo está enteramente determinado por la especie, el medio, la historia, las riquezas que ha heredado o las heridas que ha sufrido. De estas limitaciones tan sólo escapa por una* vocación. *A partir de entonces, se consagra a algo que lo sobrepasa, se impone una suerte de ascesis que lo libera de las servidumbres naturales. Pero este ascesis no conduce a la negación de lo real: transforma y orienta las fuerzas del individuo, puesto que no quiere destruirlas, y lo alista en el mundo activo en lugar de permitirle evadirse. Este ascesis nos hace responsables con respecto a nuestro prójimo, y en ello podemos reconocer la legitimidad de una vocación. Teresa de Ávila no quería aceptar revelaciones que no la condujesen a alguna acción práctica de la vida cotidiana. Por eso el "ascesis personalista" se distingue radicalmente de la "disolución del yo" de los románticos. Es una actividad que no comienza sino después de la muerte de sí mismo, es decir después del renunciamiento al yo atormentado por su egoísmo. El yo culpable y detestado no busca una vana escapatoria en lo Indecible y en lo Inconsciente. Osa por fin hablar y testimonia en nombre de una Verdad que lo sobrepasa. Y aquí coincidimos con la enseñanza evangélica. A los verdaderos creyentes no se les prometen éxtasis indecibles; se les pide, por el contrario, obrar y anunciar su fe. "Es confesando con la boca que llegaréis a la salvación", dice San Pablo.*

El movimiento hitleriano, en su esencia, se me aparece como un romanticismo político. Y en él podemos encontrar, transportados al nivel inferior y colectivo de la psicología nazi, procesos análogos a los descriptos. El nacional-socialismo surge como una reacción de defensa a la humillación colectiva infligida a los Alemanes por Versailles, por la derrota, por la miseria pública. He aquí la herida, *la decepción, no sentida por un individuo sino por una nación entera en sus relaciones con el mundo real. De ahí la impresión de* culpabilidad, *inaceptable e inconfesable (a causa del orgullo nacional), y ese sentimiento de culpabilidad, rechazado con fuerza y negado ruidosamente (todos los discursos de Hitler proclaman, desde el principio, que los alemanes no han perdido la guerra) produce un sentimiento de falta de seguridad nacional. La verdadera Alemania no puede ser la que ha sufrido la "herida". Hay que buscarla en otra parte: en un sueño de poder y de liberación, en el porvenir, ese* ersatz *del más allá. Neguemos, pues, esa realidad que nos oprime tan meticulosamente, todos esos artículos del tratado que nos acusan, todas esas reglas del juego político inventadas por racionalistas. Y así como el romántico*

olvida su yo detestado perdiéndose en las fiestas del sueño, el alemán medio se pierde en el alma colectiva, en la hipnosis de las fiestas sacras organizadas por el Fuehrer, en el ritmo lento y mágico de los desfiles y de los tambores. Se le ha dicho que no cuenta como individuo consciente. Se le ha dicho que su verdadera vida está entre las manos del partido, de un demiurgo anónimo y obscuro del cual sólo tiene que recibir órdenes, sin tratar demasiado de comprenderlas, como "pasivo". La disciplina colectiva desempeña el papel de un ascesis del yo. La masa alemana trata de recuperar su perdida unidad en un mundo suprapersonal, en donde se borran los límites hostiles. Esto nos hace comprender muchas cosas: la supresión del derecho romano, el desprecio de las fronteras y de las obligaciones, el culto de los muertos restablecido, el sueño de expansión indefinida, la afición a la guerra (prefiguración de la muerte, siempre soñada por los grandes apasionados) y la voluntad de encerrarse en una realidad impenetrable, indecible, incomunicable, y que no tiene "razones" que dar: la autarquía *material y moral.*

"En Alemania — proclamaba recientemente Goebbels — no se imponen al pueblo opiniones diversas entre las cuales debe elegir: el pueblo no quiere elegir; quiere que le presenten la opinión justa... Nuestra política es una política de artistas. El Fuehrer es un artista de la política. Su Estado es el producto de una imaginación genial".

Una política de artistas, una política de romanticismo colectivo: he aquí la pesadilla que sueña a nuestro lado el Tercer Reich sonámbulo. ¿Qué podrá provocarle un brusco despertar? Esta enfermedad exige un tratamiento largo, tanto de naturaleza espiritual como económica. La lucha que hoy se libra en el secreto de la conciencia alemana es una lucha religiosa. Es el encuentro entre una religión del Inconsciente colectivo y una fe que quiere expresarse por la Palabra y el acto personal".

●

Sigmund Freud. — Ha muerto Freud, desterrado en Londres, sin patria. Él supo contarnos, en su *Autobiografía*, cómo los Freud migraron por toda Europa desde el siglo XVI, siempre perseguidos por el odio antisemita. *"Nunca he podido comprender por qué habría de avergonzarme de mi origen o, como ya comenzaba a decirse entonces, de mi raza. Asimismo, renuncié sin gran sentimiento a la connacionalidad que se me negaba. Pensé, en efecto, que para un celoso trabajador siempre habría un lugar, por pequeño que fuese, en las filas de la humanidad laboriosa, aunque no se hallase integrado en ninguno de los grupos nacionales".*

Por su voluntad y por su obra, Freud pertenece al mundo, no a un país. Y el mundo le dió la estimación que se merecen los genios. No hay ningún psicólogo contemporáneo que haya influído tanto como Freud en todos los órdenes de la vida. Para bien y para mal. Tuvo discípulos de talento — como Adler, como Jung — que enriquecieron su concepción del psicoanálisis; pero también padeció la traición de los epígonos ininteligentes y la malicia de un público que iba pervirtiendo y enturbiando sus hallazgos. De todos modos, Freud llamó la atención sobre la insondable riqueza del alma y renovó métodos y perspectivas. Exageró con la unilateralidad de los ensimismados y hasta falseó la índole humana. Tan sutil para percibir los meandros obscuros de la subconsciencia, a menudo era torpe en la apreciación de los valores espirituales del hombre.

Su obra, ya suficientemente discutida, cumplió su misión y ahora queda atrás. Ha muerto Freud, glorioso y superado.

●

Sarmiento y los rosistas. — Ya tendremos ocasión de insistir sobre este movimiento de glorificación rosista que está tomando cuerpo en la Argentina. Ante todo reparemos en que a él no ingresan los historiadores seriamente interesados en una revisión de los valores del pasado nacional. ¿Hay quién dude de que Rosas excede, en grandeza personal y política, el angosto esquema polémico en que lo ubicó la historia escrita por unitarios? Pero una cosa es revisión de Rosas y otra es política rosista. Y el movimiento a que aludimos no tiende a la reivindicación de Rosas sino a la exaltación de su ejemplo. Este rosismo turbio, espurio, maleado por la política inconfesa, en vez de corregir la visión torcida de la historia unitaria le opone otra visión igualmente torcida. ¿Dónde está la ganancia? Estos rehabilitadores de Rosas incurren en la misma falsa perspectiva, en la misma retórica, en la misma sofistiquería e incomprensión que reprochan a los historiadores del otro bando. Cuando aplican su concepción de la historia a un momento del pasado argentino o a un hombre, repiten las mismas torpezas que tanta furia les causan cuando las encuentran a propósito de Rosas.

Por ejemplo. El "Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas" acaba de editar un folleto de Ramón Doll y Guillermo Cano (h.) — *Por qué fué unitario Sarmiento* — en el que se intenta dar magnas proyecciones políticas, sociales y hasta filosóficas a una carta de Sarmiento al gobernador de San Juan en 1828, coronel Quiroga Carril. En dicha carta Sarmiento se excusaba por haber protestado indisciplinadamente ante un servicio militar que le fuera impuesto.

El episodio es famoso. Obligado Sarmiento a dejar su tienda y sus libros para ir a hacer guardias como alférez, protesta contra un servicio que él califica de "innecesario"; el gobernador, indignado, lo cita; Sarmiento afronta su ira, lo mantiene a raya a fuerza de altivez, se cala el sombrero hasta los ojos y el coronel lo manda al calabozo; parientes influyentes interceden por él y la cosa se soluciona gracias a esos parientes y a la carta que Doll y Cano han exhumado. A partir de entonces Sarmiento se hace unitario y enemigo del despotismo.

Si alguien quisiera juzgar a Rosas y a toda su actuación política por una sola carta de mera fórmula, los rosistas protestarían; pero es justamente lo que hacen con Sarmiento. A Doll y a Cano les basta y sobra. De allí infieren — con la lógica de Sherlock Holmes — que el formidable autor de *Facundo* se portó como un "hábil palaciego", "sumiso", "sobornador", que escribió una "nota empolvada, untuosa, mendicante", lo cual es una "reculada un poco cobarde y en tono plañidero" que expresa su "dualidad de carácter" y su condición "envilecida". Con estos tonos y semitonos que hemos transcripto ya se advierte cuán desafinados tienen sus instrumentos de historiadores los autores del folleto. Para Doll y Cano la rebeldía de Sarmiento debió ser castigada con la muerte. No les arredra que con ello un rinconcito provinciano hubiera quedado con la disciplina cuartelera intacta, pero el país con una fuerza espiritual menos. "Sarmiento se portó como un comunista de los actuales días", dicen estos autores. Debió pegársele, entonces, cuatro tiros. Había allí una orden militar, una jerarquía militar, una estratifi-

cación de clases: Sarmiento desconoció ese orden constituído. Aquello fué un "desacato", una "destrucción de los principios más sólidos de la sociedad", un "ejemplo de anarquismo", un "acto de insubordinación" contra "una autoridad legítimamente constituída", "una reacción brutal contra la norma"...

Doll y Cano podrían multiplicar sus denuestos hasta que el diccionario les negara palabras; con tales desahogos no demostrarían lo que se proponen — la intangibilidad de la jerarquía constituída en un momento dado y el carácter delictuoso de los unitarios — porque se les olvida algo fundamental, y es que en la sociedad hay una pugna de dos derechos contrarios pero igualmente legítimos: uno manejado por una clase poderosa; el otro amasado por el desenvolvimiento de nuevos hechos, nuevas ideas, nuevas valoraciones, nuevos sentimientos.

Es curioso que, en esta diatriba contra Sarmiento, los rosistas se pongan en racionalistas, en lógicos absolutos; y en seguida, al defender a Rosas, proclamen los derechos irracionales de la vida y la realidad contra los esquemas abstractos de las minorías intelectuales unitarias...

●

WALTER PATER. — El sentimiento religioso accesible a un espíritu moderno que considera un deber el no cerrarse a ninguna claridad verdadera proveniente de la razón, y un deber de naturaleza no menos religiosa que la religión misma, fué el motivo determinante que indujo a Walter Pater a escribir *Marius el epicúreo*. Du Bos ha podido comparar el espíritu de Pater con una de esas catedrales en las cuales entramos al caer de la tarde, cuando ya no quedan fieles, pero de las que surge una especie de poblado recogimiento. Pater avanzaba en la línea de su espíritu como quien avanza en una catedral: a pasos lentos, retenidos y silenciosos. Ahora, al celebrarse el centenario de su nacimiento, el *Times Literary Supplement* subraya cuánto lo perjudican sus discípulos, sus biógrafos y buena parte de sus críticos. "*La prosa de Pater resiste al tiempo* — dice — *mejor que ninguna otra prosa inglesa del Siglo XIX y el tiempo ha disipado casi por completo los groseros equívocos que circularon acerca de su reputación. Ya todos saben que Mr. Rose (el personaje de* La nueva República, *de Mallock) en nada se parece a Walter Pater, y que Pater es tan responsable de* El retrato de Dorian Gray *como el autor del Libro de los Proverbios es responsable de la* Filosofía Proverbial *de Tupper*".

●

LA POLÍTICA Y EL TEATRO. — Hace pocas noches, el conjunto italiano que actúa en el Odeón representó una comedia bastante inofensiva de Jacques Deval. He aquí su argumento, referido sucintamente: un joven norteamericano, casado con una francesa, regresa a su país después de vivir algunos años en Europa. La familia del joven ignora el casamiento. Es una aristocrática familia neoyorquina que pone en duda la vocación matrimonial de las mujeres de Francia pero admira en ellas, eso sí, una eficaz estrategia para triunfar en la vida galante. La heroína de la comedia oculta su identidad, se introduce en la casa subrepticiamente como criada y allí — ¿necesitamos decirlo? — su elevado carácter contrasta con la corrupción y ligereza de sus parientes políticos. Éstos atraviesan por una suerte de crisis moral y económica. Gracias a la criada recuperan la felicidad, el honor, el dinero. Françoise,

al terminar la comedia, tiene el orgullo de ser reconocida como una digna sucesora de Juana de Arco y de Madame Roland.

La compañía Merlini-Cialente hubo de estrenar esta obra a fines del año pasado, durante la época de las famosas reivindicaciones italianas. Consecuencia: Françoise pasó a ser "Mitzi" y se transformó en vienesa. Así acaba de conocerla el público de Buenos Aires. Ahora que la invasión de Polonia por los rusos "ha sido recibida en Roma con visible satisfacción", según anuncian los periódicos, no sería raro que sufriera una nueva metamorfosis. Que resultara llamándose Sacha o Katiuscha y que fuese oriunda de Moscú o de Novgorod.

●

ALGUNAS REVISTAS. — *Taller* (México) dedica su número cuatro a la poesía. Un inteligente ensayo de María Zambrano, "Poesía y Filosofía", y poemas de Villaurrutia, Bergamín, Enrique González Rojo y Rafael Solana. Al final, en apéndice, la traducción de José Ferrer de *Une saison en enfer*.

Letras de México. — La entrega de agosto está consagrada a Juan Ruiz de Alarcón. La "mexicanidad" de Alarcón se mantiene litigiosa, aun después de haberse cumplido el tercer centenario de su muerte. Genaro Fernández Mac Gregor rebate la tesis de Henríquez Ureña: "*Si se lo vuelve a leer con aplicación crítica, nada revelará que pertenezca a una raza distinta de la que dió nacimiento a Lope, a Tirso, a Moreto, a Calderón*". Para Ermilo Abreu Gómez, en cambio, Alarcón no es español ni mexicano o, mejor dicho, "*su personalidad es mexicana en tanto que no es española*". Algunos fragmentos de sus comedias, escogidos por Antonio Castro Leal, y dos noticias acerca de dos libros sobre Alarcón, que firman Castro Leal y Alfonso Reyes.

Revista de Filología Hispánica. — Acaba de aparecer el primer número. Lo encabeza un artículo de T. Navarro Tomás, de sumo interés para profanos y especialistas: "El grupo fónico como unidad melódica". Un erudito trabajo de María Rosa Lida sobre "Transmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española", y notas de Arturo Marasso, María Rosa Lida, Tiscornia, Ronco, Marcel Bataillon, Amado Alonso, José A. Oría y Raimundo Lida.

Los Comentarios, que redacta exclusivamente Julio Fingerit, contiene en su número último tres artículos sobre actualidad internacional. Fingerit revela en ellos un excelente sentido político. Merece destacarse el segundo: allí se demuestra, con acopio de argumentos, las razones por las cuales Alemania sólo puede triunfar en una *Blitzkrieg*. Del tercero, "La guerra contra Hitler", pertenece el siguiente párrafo:

Aquellos que alegan que no hay razón suficiente para batirse contra la tiranía de la fuerza a fin de salvar la tiranía de las finanzas; aquellos que alegan que no hay por qué optar entre el dominio del oro y el dominio del hierro, ésos plantean mal el problema. Si accidentalmente en esta guerra la financiera fuerza del oro ha tomado partido contra la fuerza desnuda y sin freno, tengamos por dichoso tal accidente, que en el fondo no es tan accidental como parece, pues el oro financiero es civilizado por antonomasia, y aun suele ser liberal por fuerza, como lo enseña la Historia: y aprovechemos de la fortuna que pone hoy el poder de las finanzas casualmente al servicio de la libertad humana. Pero no desamparemos a la

libertad humana comprometida en esta guerra, bajo pretexto de no querer amparar el oro y las finanzas de la burguesía. El destino material de la sociedad burguesa es hoy de hecho solidario del destino moral de la especie humana, la cual no es burguesa ni proletaria; y si por salvar las más incipientes facultades sociales del hombre, si por salvar los derechos precivilizados de cada persona, si por salvar la única indiscutida razón de ser del individuo humano, que es lo perdurable, se ha de salvar al mismo tiempo nuestro mundo burgués, que es lo momentáneo, sálvese este mundo burgués, que al fin no es lo peor que el hombre ha conocido, a condición que se salve el hombre y pueda seguir siendo conforme Dios le ha creado. Tal es la significación de esta guerra contra Hitler. Tales son los argumentos, no políticos, ni históricos, ni religiosos, que se han de hacer contra Hitler: los argumentos fundados en la naturaleza inmutable del hombre.

INDICE

Pág.

NUESTRA ACTITUD 7
Camino a Sarrebrück, por *Victoria Ocampo* 10
La Argentina frente a la nueva guerra, por *Carlos Alberto Erro* 13
La pampa, por *Roger Caillois* 16
El árbol, por *María Luisa Bombal* 20
Herencia y racismo, por *Jean Rostand* 31

NOTAS

LOS LIBROS: Luc Durtain: "La guerre n'existe pas...", por *Emile Gouiran* 50
Aldous Huxley: "Ends and means", por *Roger Caillois* 54
Bernard Shaw: "Geneva", por *Enrique Anderson Imbert* 57
Roger Caillois: "El Mito y el Hombre", por *Rafael Dieste* 60
John Hadfield: "Modern Short Stories"; Jack Lindsay: "A Short History of Culture"; Veit Valentin: "Weltgeschichte"; Clement Egerton: "The Golden Lotus", por *Jorge Luis Borges* 65
"Exhumación de un clásico", por *Francisco Luis Bernárdez* 69
Maruja Mallo: "Lo popular en la plástica española a través de mi obra", por *J. E. P.* 72
José Ortega y Gasset, por *V. O.* 73
Los cristianos y el reposo, por *Augusto J. Durelli* 74
Una imprenta diferente, por *Juan Marinello* 81
CRÍTICA DE ARTE: Exposición de pintura francesa, por *Julio E. Payró* 82
CINEMATÓGRAFO: "Prisioneros de la tierra", por *J. L. B.* 91
CALENDARIO 93

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 037921
Título de marca Nº 159.486.

ESTE SEXAGÉSIMO NÚMERO DE "SUR"
ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTI-
NUEVE DE SEPTIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA Y NUEVE,
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

cocina eléctrica
cocina PERFECTA

La **COCINA ELECTRICA** es la más cómoda, económica e higiénica. Permite preparar rápidamente y con éxito, cualquier plato o postre. Deja más tiempo libre a la dueña de casa. Evita el humo, el hollín, las cenizas... Funciona con sólo dar vuelta una llave. Su consumo goza de una tarifa especial, reducida.

CADE

COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

Av. Pte. Roque Sáenz Peña 812 — U. T. 35. Libertad 3001

y Sucursales en Capital y Provincia

BOOKS ABROAD

Revista trimestral dedicada a comentar los libros publicados en todo el mundo

EDITADA POR ROY TEMPLE HOUSE AND KENNETH C. KAUFMAN

Para el estudiante de literatura universal, para el lector interesado en las corrientes intelectuales de Europa, Sud América y Asia, *Books Abroad* presenta un informe atractivo de libros publicados corrientemente en otros idiomas fuera del inglés. Contiene además un índice indispensable de las publicaciones de todos los países y artículos de crítica firmados por destacados hombres de letras de todo el mundo.

"Considero esa publicación de sumo interés, pues que trata quizá del único esfuerzo en ese sentido realizado en el mundo entero". — ARTURO CERRETANI, Buenos Aires.

"Aprecio en todo su valor esa interesantísima publicación que Vd. dirige, y la considero de gran utilidad para el lector estudioso". — J. SAMET, Buenos Aires.

Tarifa de suscripción: $2 dólares por año o 3 dólares por dos años.
Número suelto 0.50 dólar cada uno.

DIRÍJASE A: CIRCULATION MANAGER BOOKS ABROAD
UNIVERSITY OF OKLAHOMA PRES — NORMAN, OKLAHOMA, U. S. A.

Los católicos, la política y el dinero

por

PIERRE-HENRI SIMON

Libro en que se afrontan con la mayor claridad y valentía los deberes y las responsabilidades del catolicismo frente a los intereses de la política y del dinero.

● **($ 2.50 m/n.)**

Advertencia a Europa

por

Thomas Mann

Con un prólogo de

André Gide

Dos grandes espíritus y un libro profético.

● **($ 1.20 m/n.)**

FUNDADO EN 1822

EL BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

ofrece los servicios de su sección

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

la que además de la función inherente a su especialidad, se ocupa de la colocación de dinero en hipoteca por cuenta de terceros, de los cobros de pensiones y jubilaciones, etc. Atiende tanto a los propietarios radicados en ésta, como a los que se ausentan del país.

CASA MATRIZ — LA PLATA
AVENIDA ING. LUIS MONTEVERDE 726

CASA CENTRAL — BUENOS AIRES
CALLE BME. MITRE 451-457 — SAN MARTIN 241-253

84 SUCURSALES EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
10 AGENCIAS EN LA CAPITAL FEDERAL

Beba siempre

COPELINA

AGUA
MINERAL
NATURAL

Elaborada diariamente
con cremas
puras y frescas

HEMOS
adquirido
PRESTIGIO
como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRENTA LOPEZ
al servicio del libro

PERU 666 • BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

SUR
PUBLICARA EN SUS PROXIMOS NUMEROS:

"De un lenguaje sagrado"
por Jean Paulhan

"Alfonso Reyes y una fantasía a dos voces"
por Antonio Castro Leal

"La paradoja de la mentira"
por Nicolás Berdiaeff

"Las Siracusanas" de Teócrito
Versión directa del griego por María Rosa Lida

"La Antropología Filosófica y su Problema"
por Carlos Astrada

"San Juan de la Cruz: de la noche obscura a la más clara mística"
por María Zambrano

"Angenora", "El Poeta y el Villano"
por Denis de Rougemont

Un capítulo de "The Bridegroon Cometh"
por Waldo Frank

"De la más pura felicidad del hombre"
por Franz Werfel

"Realización y Filosofía Crítica"
por el Conde de Keyserling

"Ensayo de solución del problema de la persona y del individuo"
por Emile Gouiran

"Evolución y crisis del arte contemporáneo"
por Julio Rinaldini

"Discurso sobre Melibea"
por Salvador de Madariaga

"Solomonia la poseída"
por Alexeï Remizov

"Un camino cerrado: el folklore, o el problema de una música española"
por Vicente Salas Viú

SUR

SUMARIO DEL Nº 59

DENIS DE ROUGEMONT: La gloria ☆ *JORGE LUIS BORGES*: La biblioteca total ☆ *WILLIAM FAULKNER*: Septiembre ardido ☆ *MARÍA ROSA OLIVER*: La novela norteamericana moderna ☆ NOTAS ☆ *VICTORIA OCAMPO*: Roger Caillois ☆ *P. ENRÍQUEZ UREÑA*: Centenarios ☆ *F. L. BERNÁRDEZ*: Rosalía Castro ☆ TEATRO ☆ *LUIS DE ELIZALDE (h.)*: "La Comédie Française" en el Odeón ☆ *E. GONZÁLEZ LANUZA*: "Orfeo" de Cocteau, en el Teatro del Pueblo ☆ CRÍTICA DE ARTE ☆ *JULIO E. PAYRÓ*: Exposición de pintura francesa ☆ CUESTIONES CIENTÍFICAS DE NUESTRO TIEMPO ☆ *JOSÉ BABINI*: Lenguaje científico y lenguaje lírico ☆ CALENDARIO

Algunas publicaciones de SUR

SIR A. S. Eddington
LA NATURALEZA DEL MUNDO FÍSICO

Conde de Keyserling
DEL SUFRIMIENTO A LA PLENITUD

Alain Fournier
EL GRAN MEAULNES

Luis Emilio Soto
CRÍTICA Y ESTIMACIÓN

Eduardo González Lanuza
LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

León Chestov
LAS REVELACIONES DE LA MUERTE

Pierre-Henri Simon
LOS CATÓLICOS, LA POLÍTICA Y EL DINERO

Roger Caillois
EL MITO Y EL HOMBRE

S U M A R I O

NUESTRA ACTITUD ☆ *VICTORIA OCAMPO*: Camino a Sarrebrück ☆ *CARLOS ALBERTO ERRO*: La Argentina frente a la nueva guerra ☆ *ROGER CAILLOIS*: La pampa ☆ *MARÍA LUISA BOMBAL*: El árbol ☆ *JEAN ROSTAND*: Herencia y racismo ☆ NOTAS ☆ Los Libros por *Emile Gouiran, Roger Caillois, Enrique Anderson Imbert, Rafael Dieste, Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez* y *J. E. P.* ☆ *V. O.*: José Ortega y Gasset ☆ *AUGUSTO J. DURELLI*: Los cristianos y el reposo ☆ *JUAN MARINELLO*: Una imprenta diferente ☆ Crítica de arte ☆ *JULIO E. PAYRÓ*: Exposición de pintura francesa ☆ Cinematógrafo ☆ *J. L. B.*: "Prisioneros de la tierra" ☆ Calendario

S E P T I E M B R E D E 1 9 3 9

H0006491

S1CJ.14.4.4

$ 1.-